

# La Religión de los Hanksis

Carlos Sabino

Novela. Ciencia Ficción.  
Ed. Panapo, Caracas, 1989, 232 págs.

---

Segunda Parte:

## Los Hanksis

13

AI

Los robots y las maravillosas máquinas que hoy poseemos parecen rodearnos en todo momento como si no existiese otro mundo más allá de su poder y de su encanto. Pero están, hacia afuera, las fuerzas indisciplinadas del inmenso universo que todavía no sabemos recorrer y hacia dentro de nosotros un mundo que a veces nos sobrecoge y nos confunde. Ninguna máquina, ninguna droga, puede evitar que la angustia nos penetre o que nos amenacen infinidad de peligros que desconocemos casi por completo. Sólo nuestra fe en que somos parte del Universo, en que podemos llegar siempre más allá, puede evitar que nos destrocemos contra nosotros mismos.

**De Confesiones y Recuerdos, por HANKL OZAY**

El terreno era propicio, el mensaje oportuno: la extraña saga del Hombre del Espacio tenía la capacidad de cautivar la imaginación de millones de seres. La vida de Hankl Ozay, abrumada de paradojas, comenzó entonces a conocerse: sus *Confesiones* y *Recuerdos*

fueron traducidos al árabe, al swahili, al neopolinesio, a todos los noventa y seis idiomas que reconocía la Federación. Iya Semarani redactó, apasionado, un breve texto en que se recogían los pocos actos conocidos del profeta, algunas frases que éste pronunciara y una especie de diálogo interior que reflejaba el estupor de Hankl ante la desconcertante experiencia de la soledad absoluta. Surgieron también - fervorosas e ingenuas- las nuevas oraciones, que recorrieron los mundos

habitados con inusitada celeridad. Casi todas ellas concluían con una frase que pronto llegó a hacerse famosa: **Tú, Hankl Ozay, que con paciencia supiste mantener la razón, ayúdanos a recorrer con felicidad nuestro camino de regreso a las estrellas.**

Las imágenes de El Profeta invadieron los vehículos espaciales, las salas de medicina, las paredes de los hogares y también de los prostíbulos. Eran frecuentes en la Tierra y en Marte, en las colonias que laboriosamente se asentaban sobre las lunas de Saturno y en las antiguas residencias de aquellos que -en el lago Titicaca- respetaban aún la forma de vivir de sus antepasados. El símbolo de los estelares, la conjunción de la espiral galáctica con el círculo que representaba al átomo del carbono, llegó a ser tan conocido como otros arcaicos signos: aparecía en cualquier calle de Singapur o de Manaos, en la TVD y en las sempiternas paredes de los baños.

Los templos se elevaron, sin pausas. La Liga Federal por el Renacimiento de la Fe que, ante el estupor de Hankl, le había dado a éste la oportunidad de conocer los libros sagrados de la Tierra cuando aún buscaba el modo de salir de su encierro, comenzó a recoger los frutos de su generosa preocupación: su labor fue reconocida y elogiada por los pacíficos hanksis, que supieron valorar la importancia del verdadero ecumenismo. En sus cubos aparecieron al poco tiempo, junto al Corán y la Biblia, las enseñanzas del profeta venido del espacio. Muchos de sus miembros, impresionados por tantas coincidencias, abrazaron en esos años la nueva religión: la veían, no sin algo de justicia, como su impensable pero más auténtica creación, como la forma en que se expresaban, en esa centuria turbulenta, sus anhelos de universalidad y de paz.

Algunos hanksis habían sentido, en aquel día aciago de febrero, que con la muerte de Hankl acababan también los sueños de crear una nueva religión que fuera más justa, inteligible y universal. Para quienes lo habían conocido, por ello, el dolor por la pérdida se fundía con temores y con dudas, con la preocupación por el destino de la obra común. Pero ellos, en realidad, eran sólo una minoría, algunos pocos miles que vivían con intensidad un mensaje espiritual por el que de algún modo siempre habían aguardado. Eran los pioneros, los que conscientemente buscaban una fe. Pero para los demás, para los millones de adeptos que iban sumándose a los seguidores iniciales, Hankl era un ser trágico y en parte legendario, un símbolo de la tolerancia y de la racionalidad, un mito que representaba la indómita voluntad del hombre ante los horrores del espacio. Era conocido por las imágenes que se proyectaban en los austeros templos, en esas construcciones que algunos llamaban "Síntesis

del Universo" y otros conocían como "Cápsulas del Tiempo": era la figura de Hankl abordando, casi inconsciente, al carguero que lo rescató, hablando en Yellowknife ante escondidos transmisores de TVD, subiendo a su trineo, fotografiado en la estación del Polo Norte que quedó atónita ante su inexplicable muerte.

Los hanksis no eran sólo una secta, un grupo de fieles que se agrupara alrededor del recuerdo de algún místico o fugaz iluminado. Existían más allá de los templos o de los cultos organizados, en las inquietudes religiosas de mucha gente, en sus pensamientos y esperanzas. Y una nueva religión no es algo que pueda omitirse de las conversaciones demoradas de las sobremesas, de las preocupaciones de los dirigentes, de las obras de arte y de las invocaciones que en todas partes se hacen. Algunos, como siempre, habían comenzado por bromear acerca del nuevo movimiento, haciendo de los símbolos sagrados una especie de moda elegante que los entretenía sin comprometerlos. La mayoría de ellos había concluido por interesarse, abrazando gradualmente también las creencias, los rituales y los comportamientos de los verdaderos hanksis. Otros, más simples pero más numerosos, atribuían a Hankl Ozay curaciones y milagros, lo identificaban con Vishnu o lo incorporaban, sin vacilar, al dilatado santoral cristiano.

Signo indudable del éxito de los hanksis era también el odio. Ya no se trataba de alocadas aventuras, como la que inmortalizara al desesperado Rashawand Singh, sino de una oposición más racional y firme, más tenaz, elaborada y sistemática: los rabinos alertaban sobre la incompatibilidad radical entre judaísmo y *hanksismo*; los católicos -se decía- estaban dispuestos a lanzar un anatema en el próximo Concilio Ecuménico de Seúl; en todo el territorio del Islam se libraba una feroz batalla espiritual que hacía renacer el áspero fundamentalismo que campeara a comienzos del siglo XXI.

Las cabezas de la Federación meditaban, estudiando los hechos, perplejas a veces pero siempre susceptibles. Algunos no prestaban mayor atención a lo que sólo percibían como una moda pasajera, mientras que otros recelaban de las posibles complicaciones que el nuevo movimiento podría traer. No faltaban, naturalmente, los que buscaban el modo de aprovechar, en beneficio propio, el naciente poder social que ya constituían los hanksis.



Se encontraron en el *Titanic*, un discreto hotel flotante que frecuentaban los criadores de peces del Atlántico Norte. A Dowwe lo movían tanto su desapasionada curiosidad como sus más directos intereses: los estelares podían desaparecer en poco tiempo -pensaba- como tantas otras sectas, pero era posible también que evolucionasen hasta llegar a ser una auténtica religión universal, algo que no ocurría en los últimos mil quinientos años.

Dowwe entendía que la saga de Hankl tenía algo de mágico, de fascinante: su travesía por el Polo Norte podía parecer insensata, pero resultaba un gesto verdaderamente propio de un profeta. Tanto su prodigioso rescate en el cosmos como su muerte, aún incomprensible, daban a su vida el aura misteriosa que contribuía a edificar el mito, a difuminar los perfiles terrenales de un hombre que, en definitiva, continuaba siendo un perfecto desconocido. Hasta el mismo juicio que - en esos momentos- se seguía contra *El Desesperado* y sus secuaces, fomentaba el interés de millones de personas. A Dowwe, de algún modo, también lo apasionaba todo eso: se sentía como partícipe de una extraña aventura, intrigado en parte como los demás, pero con la posibilidad de acceder a la mejor información y, por qué no, de sacar provecho de ella. Se había propuesto, en consecuencia, mantener sus buenas relaciones con esa gente, sin desdeñar las posibilidades que le abrían en cuanto a aumentar su independencia y su capacidad de negociación.

Para Dukkuk, por otra parte, había terminado ya el tiempo de concebir venganzas. Los días del Cuerpo Epsilon, de la acción directa y de las intrigas judiciales se desplazaban al discreto recinto del olvido, infinitamente distantes. Experimentaba la sensación maravillosa de ser lo que nunca había imaginado llegar a ser: no un simple funcionario, no un hombre poderoso o investido de poderes, sino un verdadero líder espiritual. Algo por completo diferente, más trascendente que cualquier otra cosa que hubiese proyectado para ninguno de sus futuros concebibles. Porque para él, que había omitido de su mundo todo lo que tuviese alguna directa relación con lo religioso, era a la vez increíble y prodigioso haberse convertido en una especie de santo viviente, en uno de los más cercanos colaboradores de El Profeta y, por eso, en un hombre capaz de concitar la mística de las multitudes fervorosas y entusiastas que confiaban ciegamente en su palabra.

La conversación, entonces, fue casi plácida: la sostenían hombres que se sentían satisfechos de sí mismos y que repudiaban con mesura toda agresividad o rencor. Andreas Dukkok había dejado atrás al Pieri que se veía injustamente perseguido: era un hombre calmado, uno de los miembros del Consejo Ecuménico que presidía la nueva religión. Satisfizo sin reservas la curiosidad del senador, especialmente en cuanto al viaje hacia Ventura y los ataques de Rashawand Singh. Sólo omitió comentar, en parte, las luchas y discrepancias que atravesaban al movimiento de los ecumenistas estelares. No las ocultó totalmente, sin embargo, pues no quería transmitir una imagen que, por demasiado idílica, despertase la desconfianza de su avezado interlocutor.

-Sí, es verdad lo que le han dicho, senador: entre nosotros hay bastantes diferencias, aun en materias de doctrina. A veces las conversaciones desembocan en un callejón sin salida. Pero pienso que no debemos dejarnos impresionar por eso: nuestra organización es tan nueva! No creo que las discrepancias vayan a tener mayores consecuencias, al contrario, la completa uniformidad no es nunca conveniente y nosotros no nos proponemos ser dogmáticos.

-Casi nunca se es dogmático por un acto consciente, como quien realiza una libre elección, Dukkok.

El calló por unos instantes, como aceptando el golpe:

-Tiene razón... lo reconozco. De todos modos nos basamos en la ciencia, aunque no seamos científicos; ello nos concede, afortunadamente, un buen margen para la duda y para el debate.

-¿Qué piensa de la actual situación en las Naciones Federadas?

-Esa pregunta es demasiado amplia, no sabría como responderle -Dukkok vaciló por un momento y agregó:- Hay algo que sí quiero que sepa, algo que sostengo desde hace tiempo: no debemos retroceder a las intolerancias religiosas o culturales ni a la competencia nacionalista del pasado. No sé lo que usted piensa al respecto, pero yo me he convencido de que ya no es una cuestión de opinión... es algo más, se trata de la supervivencia.

-Está entonces con la posición de Dhurt'senma?

-De verdad, no sé cual es la posición de Dhurt'senma. Pero, si no me equivoco, creo que no estamos en lo mismo: no quiero tampoco un poder mundial tan extenso que nos imponga en cada ocasión lo que

tengamos que hacer. Ello no nos dejaría libertad de movimientos, podría ser la antesala de la peor dictadura de la historia humana. Los hanksis necesitamos de la libertad.

-Bueno, ella por ahora está lejos de una posición tan extrema. Y de Brownez, ¿qué opina?

-Tampoco conozco muy bien lo que él propone.

La conversación discurrió así, con un Dukkok que evitaba a toda costa trazar definiciones políticas precisas y un senador Dowwe afable, suavemente inquisidor, paternal por momentos. Finalmente éste sentenció:

-Veo que ha aprendido muchas cosas en estos meses, mi amigo, y permita que lo llame así. Me alegro, sinceramente me alegro de este cambio.

-Tal vez es que usted no está tan lejos de sentir como nosotros -Dukkok lo miró, esbozando una sonrisa, sintiendo que lo respaldaba, como tantas otras veces, el poderoso influjo de la herencia del gran Hankl. Ya en un tono más serio agregó-: Quiero, ante todo, que nos dejen crecer, que respeten nuestra fe, nuestro culto. Me parece que no es mucho. Además -se atrevió a sugerir- no percibo contradicción alguna con sus ideas, senador.

-Porque no las hay, por supuesto. Puedo prometerle que, en lo que esté a mi alcance, no habrá persecuciones, ni abiertas ni encubiertas. Mi grupo, porque usted sabe que no es un partido, favorece religiones como las de los hanksis. Yo, personalmente, podré ayudarlos quizás, alguna vez que otra, sobre todo si se presentan problemas. Aunque por ahora no veo que existan reales amenazas contra ustedes: según mis informaciones el grupo de *Los Desesperados* está prácticamente disuelto. Para las grandes religiones ustedes se han convertido en un inconveniente, es verdad, en una especie de presencia molesta, pero no son un peligro directo. Nada indica que los vayan a combatir con armas desleales.

-Sí, nuestra situación ha mejorado considerablemente... Al menos Rashawand ha mostrado un verdadero cambio, una actitud constructiva. Pienso que acaso, si las circunstancias lo permitieran, acabaría hasta por unirse a nosotros.

-Las circunstancias, usted lo sabe, siempre pueden cambiar y varían, de hecho, de un día para otro. Trataré de favorecer una reconciliación, si

eso es posible. Sólo les pido una cosa, y se lo pido porque sé que no atenta contra sus convicciones: que no se definan por ningún bando de los que se disputan el poder federal, que actúen con cautela y, por supuesto, que no abandonen estos contactos con mi grupo.

-Naturalmente, creo que todos preferimos no comprometernos demasiado con ninguno de los grupos políticos que existen. Es lo más prudente, lo único que se corresponde con nuestra vocación universalista. En cuanto a lo otro, senador, estoy de acuerdo con usted: pero hay que ser discretos, muy discretos. En mi posición, no puedo permitir que nadie me acuse de estar a su servicio. Sería el comienzo de mi ruina.

El hombre obeso, sabiamente, rió:

-Lo sé, mi amigo, lo supe antes que usted.

Lejos de allí, sobre las costas de otro océano, Rashawand Singh enfrentaba entretanto su primera audiencia. Desde la antigua sala en que sesionaba la Corte Federal de Vancouver millones de personas pudieron ver -a través de la TVD, por supuesto- ese acontecimiento sensacional. *El Desesperado*, con el rostro sereno de quien se ha acostumbrado a dominar sus emociones, llegó caminando con cierta dificultad: la demora en recibir asistencia médica había impedido que su pierna artificial se adaptase perfectamente a su cuerpo.

Los cargos a los que debía responder eran múltiples: instigación al homicidio, posesión ilegal de armas, conspiración contra la seguridad de la Federación y complicidad con actos criminales. Junto a él se sentó la bella Warani Kaur y, un poco más hacia la izquierda, con semblantes adustos, Ok-kae, Flores y Pustanak formaron otro pequeño grupo. Ellos no estaban acusados del delito de instigación, pero en cambio se los hacía materialmente responsables de los crímenes de secuestro y homicidio. Se había ya establecido que Orhenin era quien, disparando apresuradamente, había provocado la masacre ocurrida en la casa de las afueras de Ventura donde murieran Carindha y Nakoki.

Luego de las habituales presentaciones de la acusación y la defensa, que fueron relativamente breves, *El Desesperado* tuvo ocasión de hablar. Se incorporó, clavó sus ojos negríssimos en el Gran Jurado, y comenzó con pausada convicción:



-Sí, soy responsable de todos los hechos que aquí se han mencionado. Y, a pesar de las expresivas palabras de quienes han tratado de defenderme, debo manifestar que soy responsable también de mucho más: de todo los delitos de que se acusa a estos hombres y mujeres que me acompañan hoy en esta sala, de lo que han hecho ellos, y otros más, que creyeron estar luchando contra la blasfemia y el pecado. Nadie sino yo mismo decidió terminar con la vida de Hankl Ozay. Nadie sino yo fue el que se dispuso a cazarlo en el refugio que él había buscado, a perseguirlo en medio de la noche, como si fuese un animal maligno. Lo consideraba un ser impuro y corruptor, una manifestación casi perfecta del demonio. Sólo podría decir, en mi descargo, que nunca quise matar a aquellos que lo acompañaban. Pero eso ya no importa; lo que importa es declarar que me equivoqué. -El público, que seguía sus palabras como conteniendo la respiración, comenzó a llenar la sala con sus murmullos y comentarios: nadie esperaba una declaración semejante. *El Desesperado*, después de una pausa, prosiguió con emoción:

-Porque cuando estuvo solo frente a mi láser, sin posible escapatoria en el desierto helado, intuí que ese hombre no era el demonio blasfemo y egoísta que yo había concebido. Algo en su voz me dijo que debía prestar atención a sus palabras, que era un hombre de paz... tal vez un santo. Y lo escuché.

-¡Traidor! El blasfemo eres tú! -resonó potente la voz de Ok-kae. Pero Rashawand continuó imperturbable:

-No me estoy excusando: quise hacer el mal e induje a otros a hacerlo. Ellos necesitaban un guía, un maestro, pero ese maestro los engañó, pues los llevó a realizar actos que algún día quizás repudiarán por impíos, tal como yo hoy los repudio -hizo una pausa, que esta vez no quebró siquiera el más débil susurro. Luego cambió de tono, se inclinó hacia el auditorio y agregó-: Supe que ese hombre era diferente a los demás, que no podía ser un impostor. Sus ideas me parecían maliciosas y perversas; aún a veces lo siento todavía así. Pero entendí que era un auténtico profeta cuando lo tuve frente a mí, cuando se acercó por su voluntad a mi trineo en la noche polar y comenzó a hablarme. Sólo un hombre extraordinario podía hacerme cambiar de actitud así, súbitamente, cuando estaba armado y no tenía más que hacer un leve movimiento para terminar con su vida. Y eso es lo único que quiero recordar en esta tarde, no para buscar un perdón que no solicito, sino para que sepan de esta íntima satisfacción que nadie jamás podrá quitarme: tuve ante mí al Profeta y logré reconocerlo. Ahora pido clemencia para todos estos jóvenes que me han seguido, pido justicia, porque sus obras han sido en realidad hechas por mí, sólo por mí, y ellos no merecen el castigo. No



pido perdón para mí mismo porque sé, simplemente, que aún no lo merezco.

El discurso, la intensidad y la pasión de las palabras, conmovieron inmediatamente a la sala. La esencia del problema judicial, determinar si era inocente o culpable, quedó relegada de algún modo a un periférico segundo plano. Ahora se destacaba más bien otra cuestión, por completo diferente: ¿qué castigo imponer, razonablemente, a un hombre que había cometido auténticos delitos pero que mostraba un arrepentimiento tan sincero? Las deliberaciones se prolongaron hasta la mañana siguiente.

La sentencia, como era de esperar, resultó bastante compleja: se preveían las habituales sesiones de psicotek, un conjunto de reparaciones que Rashawand debía hacer y varias restricciones a su libertad de movimientos. Pero no se lo encarcelaba ni recluía en ningún presidio federal, sino que se lo confinaba por algún tiempo en lugares que, ciertamente remotos, no ofrecían para él peligro alguno. El resto de los acusados recibió, sin embargo, un trato menos benevolente: el jurado se notó impresionado por las palabras de Rashawand pero no acogió con igual confianza su declaración de que él se hacía responsable por la conducta de sus seguidores. El singular fanatismo de Ok-kae, su desafiante justificación de todo lo que había hecho, hicieron que con él - y con sus dos amigos- se adoptase una actitud más dura. A Warani, en cambio, sólo la condenaron a penas inusualmente leves. Nadie previó, en aquella mañana de primavera boreal, las dilatadas consecuencias que traería ese peculiar veredicto.

El juicio, realizado tan poco tiempo después de la muerte del Profeta, dividió todavía más a los estelares, desafiados ahora por una paradoja que se les antojaba nueva: mientras la desaparición de Hankl y su simbólico funeral habían fascinado a millones de seres -que percibían en su vida una parábola misteriosa y conmovedora- ellos, los que habían estado a la vanguardia del movimiento, se sentían cada vez más impotentes para controlarlo, enfrentados por diferencias crecientes, escindidos en lo que peligrosamente podían llegar a ser sectas o colectividades diferentes. Algunos pensaban que Rashawand había sido injustamente protegido -tal vez por turbias maquinaciones políticas- para que *Los Desesperados* continuaran siendo una amenaza que los paralizara. La leve condena les parecía una grosera burla, inapropiada para quien era nada más que un asesino fanático. Ellos culpaban también a Rashawand por otro crimen, para el cual no podía haber

suficiente castigo ni piedad sobre la tierra: lo hacían responsable de la persecución que había debilitado las energías del Profeta conduciéndolo -indirectamente- a su prematura muerte.

Pero había también otro punto de vista, el que adoptaban especialmente Swende, Dukkok e Iya. Era imposible para ellos olvidar que la mirada del *Desesperado* no sólo contenía cólera y furor, sino también una sinceridad y una limpieza desconcertantes. Dukkok, en la siguiente sesión del Consejo, lo defendió largamente, no sin cierta pasión:

-Es que nosotros lo vimos, participamos en eso, en lo que ya hemos contado tantas veces. El pudo matarnos a todos sin piedad, sin demorar más que un instante. Pero se *dejó convencer*, dejó que Hankl lo persuadiera, y tuvo que desistir cuando comprendió que ya no tenía ninguna fuerza espiritual que oponerle. Desde ese momento fue un hombre nuevo, como lo ha dicho en el juicio, y pienso que algún día, con la suficiente ayuda del tiempo, terminará por unirse a nosotros.

-Esa sí sería una afrenta intolerable, que tengamos que compartir nuestro templo con un monstruo como ese -dijo una jóven que se había incorporado a las sesiones del Consejo recientemente.

-¿Qué propones entonces, que alimentemos el odio durante todas nuestras vidas, que hagamos ahora nosotros con él lo que ese desgraciado quiso hacer con Hankl?

-Yo no quiero hablar del odio, no es eso -terció en el diálogo el austero Ferra- pero, Andreas, todo debe tener su medida: te complaces en contarnos una y otra vez la misma historia, como si no la conociéramos, y especulas con una conversión que nadie ha hecho. El hombre sólo ha tenido algunas expresiones de simpatía para con nuestro maestro, nada más, algo que puede interpretarse como un modo de agradecerle que le salvara la vida. No tiene sentido que divaguemos ahora respecto a lo que deberíamos hacer ante situaciones que, como tú bien sabes, están lejos de haberse consumado.

De este modo Ferra, con un lenguaje claro y a veces hasta duro, pero con la habilidad para mantener los debates en un terreno práctico en el que siempre se imponía con facilidad, había pasado a ser la figura dominante del Consejo. No es que pudiera negarse la primacía espiritual de Ana -viuda de quien fuera el primer mártir de la causa y amiga entrañable de Hankl- que todos reconocían y aceptaban al discutir materias relacionadas con la fe. Pero ella no sabía navegar en las aguas confusas de los conciliábulos, en la maraña de las decisiones que había

que tomar cada día, conservando el equilibrio entre tantas pasiones e intereses diferentes. El único capaz de realizar también todo eso, Dukkok, era casi siempre adversado por Ferra y por el grupo de quienes se habían congregado con entusiasmo a su alrededor. Los amigos de Dukkok, Ana y Gwani principalmente, ejercían también una influencia poderosa, pero el Consejo contaba con 26 miembros y Ferra lograba casi siempre que las decisiones que se tomaban coincidieran con su pensamiento.



15

P

**Ningún hombre puede afirmar que se encuentra más allá de toda religión. Pensé por ello que era preferible construir la más abierta, la que pudiera situarnos mejor ante la inmediata pero a la vez profunda percepción de esos cielos que gobiernan nuestras vidas y a los que tratamos de gobernar, no siempre vanamente.**

***De Confesiones y Recuerdos, por HANKL OZAY***

En Yellowknife, dicen sus habitantes, se siente más el frío pero menos la superpoblación. Siempre hay un horizonte de árboles oscuros, un aire penetrante y límpido que hace que el hombre se sienta libre, aunque tal vez algo pequeño ante la vastedad del obsesivo paisaje.

Dukkok y Swende, después de aquellos días de febriles cambios, retornaron a sí mismos. Encontraron una casa discreta y sólida, antigua, que se abría en amplios ventanales sobre el inmenso lago casi siempre blanco. Desde allí compartieron el optimismo que brotaba de una religión naciente y también el amor, la música, las rutinarias actividades de las que nadie escapa.

Dukkok había hallado en Swende aquello que nunca se había atrevido a buscar: no es que ella fuese la encarnación de algún modelo idealizado de mujer, la corporización de un sueño; Dukkok, de hecho, era persona poco dada a tales fantasías. Por eso tal vez no había imaginado nunca que pudiese aguardarlo una compañera así, tan cálida pero a la vez tan distante, tan independiente pero casi maternal. Para él, Swende seguía siendo de algún modo una persona extraña, con ideas que a veces lo sorprendían y emociones que no sabía compartir. Pero con ella se sentía siempre cómodo y a gusto, dueño de sí, como nunca antes en sus

relaciones amorosas. Ella no era seductora pero lo seducía, hora tras hora, y le despertaba deseos apasionados, que no habían podido provocar ni las salas tecnificadas del PNW, ni las atractivas jóvenes que frecuentaban los ambientes mundanos de Mahón.

Pero, a pesar de las apariencias, y en contra de lo que a veces murmuraban algunos, Dukkok era estelar porque creía en ello con auténtica convicción, más allá de su amor y de las increíbles circunstancias que lo habían acercado tanto al Profeta. Gwani -que conocía bien a ambos- había terminado por afirmar, en una ocasión en que él se sentía desanimado por ciertas acusaciones que le hicieran:

-Pero, Andreas, yo sé que no es así. Sólo los necios o los malintencionados pueden creer que tú sigues siendo un espía o que te has hecho hanksi porque vives con Swende. A veces pienso que en realidad ha sucedido lo contrario, que tú has convertido a Swende, aunque no te hayas dado cuenta de cómo lo hacías, aunque ella misma jamás vaya a admitirlo.

Tal vez por eso, pocos días después de que ambos decidieran tener el único hijo que les permitía la piedad, ella dijo una noche, mientras caminaban lentamente:

- Si por mi fuera yo tendría contigo más de un hijo, Andreas, sin importarme tanto lo que haya dicho nuestro querido Hankl. Pero parece que realmente hemos creado una nueva religión y, sinceramente -rió con suavidad- eso es lo que menos yo esperaba crear en mi vida.

Si Dukkok sentía una transformación espiritual tan grande que hasta se asombraba de sí mismo, si Swende continuaba siendo la muchacha silenciosa de siempre, ensimismada y un poco misteriosa, para Gwani -en cambio- la gran mutación había sobrevenido de improviso, en un solo instante violento e imborrable. Fue allá en Ventura, en la oscuridad de la noche infinita, cuando comprendió que su vida podía terminar abruptamente, cuando en ese instante para el que no estaba preparada vio a Dukkok arrojarse a tierra mientras la golpeaba el cadáver destrozado de Carindha. Fue entonces, cuando corría desesperada hacia el trineo, que cambió por completo el sentido de su religiosidad. No su modo de ser, porque Gwani siguió siendo exactamente la misma Gwani de siempre, la joven que parecía poseer el don de transmitir de inmediato una sensación profunda de felicidad. Pero en ese momento entendió, más allá de la razón y del pensamiento consciente, que la muerte la aguardaba como a todos y que sus sentimientos religiosos habían perdido la ingenua superficialidad que tenían hasta ese día. Y cuando por fin vio partir el trineo en que

avanzaban hacia el norte su hermana y sus amigos, no tuvo miedo en verdad y tampoco experimentó ningún presentimiento. Sólo un vacío. La desconocida sensación de estar frente a lo que era sin duda irrevocable la estremeció por completo. Entonces, en medio de la loca confusión que la rodeaba, advirtió lo ridículo que resultaba el corpulento Ferra con su agitación y su incesante movimiento y cuando nació, pensaba, esa especie de distanciamiento silencioso entre ellos, ese producto de la absoluta incompatibilidad más que de la enemistad efectiva.

Los meses siguientes, pasados los momentos de desazón que siguieron a la muerte de Hankl, habían reafirmado esa mutua repulsión que aparecía inadvertidamente casi, como algo que era parte ya de las reuniones y las sesiones del culto, únicas ocasiones en que se veían. Para Gwani él representaba todo lo que quería ver alejado de una religión que concebía más como libre exploración del espíritu que como cuerpo organizado de fieles. A ella no le interesaban las sutiles distinciones teológicas ni las complicadas relaciones de poder que, lentamente, se iban tejiendo a su alrededor. Sólo Ana, que parecía haber incorporado mágicamente el mensaje renovador del Profeta, era capaz de mantenerla allí, en el epicentro de esa corriente febril que era el capítulo de los estelares de Yellowknife, en perpetua actividad, percibiendo todos los días el ascenso de lo que era como una marejada incontenible.

Porque la religión de los estelares había cobrado realmente vida, superando los inevitables obstáculos iniciales y extendiéndose más allá de lo que podía preverse: en todo el mundo habitado los hanksis crecían y se multiplicaban, desmintiendo a los escépticos y asombrando a los indiferentes. En pocos meses habían logrado lo que no estaba al alcance de ninguna secta, lo que les permitía compararse, de algún modo, con religiones de siglos: no eran sólo los millares de seguidores y los templos que se levantaban sin cesar, era también el mito que se construía alrededor de ese hombre que había logrado convertirse en un personaje de leyenda, en tiempos en que la tecnología parecía relegar las creencias ancestrales a un submundo irrelevante. Pero, todavía más, los hanksis habían alcanzado a delinear sus propios ritos, sus costumbres y unas formas de culto que, aunque diversas y no perfectamente organizadas, repetían sus rasgos esenciales en la Tierra y los demás mundos habitados.

Ser hanksi, sin embargo, no implicaba ningún sacrificio especial, ningún alejamiento del mundo convencional y cotidiano: en eso los estelares se asemejaban a las grandes y tradicionales religiones del pasado, al budismo o al shintoísmo, por ejemplo, que no requerían -como es la común exigencia de las sectas- de una vida por entero dedicada a una

exaltación religiosa que la mayoría de los hombres no puede alcanzar de un modo permanente. Se podía ser artista o comerciante, político o artesano, se podía ser hombre, mujer o un hermafrodita de laboratorio, y sin embargo sentirse cobijado por las claras enseñanzas del Profeta. Era necesario, es verdad, cultivar un modo especial de valentía: olvidar la existencia de dioses protectores a quienes pudieran pedirse beneficios, dejar de lado los rituales misteriosos y antiguos que cautivan la imaginación, posponer toda confianza en cualquier forma de vida eterna. Los astronautas, los científicos, los habitantes de las más opulentas ciudades de la Tierra y los hijos de las colonias espaciales eran quienes parecían abrazar con mayor facilidad el nuevo credo.

En sólo algunos años, gracias a la previsión de Hankl y a la titánica labor del apasionado Ferra, los estelares lograron perfilar las normas básicas de un culto que fue enriqueciéndose con las ideas que aportaron infinitos seguidores. El primer momento decisivo llegó, previsiblemente, el 11 de febrero de 2145. Se conmemoraba el aniversario de la partida de Hankl hacia Ventura y, en todos los templos estelares, se realizaron solemnes reuniones que evocaron el renunciamiento del Profeta. El Consejo Ecuménico, desde la ciudad del norte, proclamó un día especial, dedicado a la reconciliación y la paz. Fue un éxito: millones de personas remembraron, en ambiente festivo, lo que comenzó a considerarse ya como una epopeya. Luego, el 26 de ese mismo mes, se recordó la muerte de Hankl: mucha gente había vivido casi orgiásticamente durante las dos semanas anteriores, por lo que el día resultó propicio para el recogimiento. Algunos, sobre todo en el mundo occidental y en China, lo llamaron el Día de los Proyectos, porque la meditación estimulaba la antigua costumbre de formular planes para una nueva vida, como en el día de Año Nuevo; otros, sobre todo en la India, en Africa y en Siberia, lo llamaron el Día de las Preguntas: la gente se volvía a interrogar acerca de la extraña muerte del profeta, de su sino misterioso, pero también respecto a otras infinitas cuestiones que ni los científicos ni los guías hanksis eran capaces de responder a cabalidad.

Los templos estelares, en estas ocasiones, proporcionaban un sitio de encuentro para las festividades colectivas. Pero pronto, para dar un marco adecuado a las prácticas de meditación, comenzaron también a construirse las Casas de la Paz. Se elevaban en sitios más apartados, lejos de la febril actividad de las ciudades, y servían para un propósito que pronto se generalizó entre los fieles: realizar retiros espirituales, de unos tres o cuatro días de duración. Los maestros hanksis, quienes estudiaban especialmente el legado de las grandes religiones de Oriente, aconsejaban realizar estas prácticas una vez al año, y proponían hacerlas en Casas de la Paz que estuviesen distantes del lugar de



residencia habitual de cada creyente. Allí se leían los escritos que dejara Hankl, y a veces también los de otras religiones, se organizaban debates y cursos, se meditaba sobre temas de ciencia y de filosofía. En esos días, al contrario de lo que ocurría durante las fiestas del mes de febrero, se vivía en medio del más completo ascetismo.

Pronto, en algunas de esas casas, y gracias a una iniciativa que surgió de una comunidad de Montevideo, se comenzó a practicar otra forma de meditación, más original y exclusiva. El propósito era repetir, de un modo alegórico pero asimismo realista, la odisea vivida por Hankl en el espacio: los creyentes se aislaban en cápsulas que se asemejaban a las que tenían las naves extraterrestres y permanecían allí, en completa soledad, durante seis días completos. La idea había provenido de un astronauta veterano quien -deseoso de experimentar de algún modo lo ocurrido a Ozay, y siguiendo la recomendación que éste hacía en uno de sus cubos- se había atrevido a instalarse en una cápsula de salvamento y a accionar el mecanismo de eyección durante un viaje de rutina. Sus peripecias -que incluían una agria discusión con el capitán de su nave y la pérdida de su empleo- fueron comentadas con auténtico interés por sus camaradas, que pronto lograron instalar en tierra un dispositivo semejante. Ante la difusión de esta práctica el Consejo Ecuménico, reunido a la sazón en Nueva York, sugirió que todo hanksi, al menos una vez en su vida, debía atreverse a pasar ritualmente esos seis días de aislamiento absoluto.

Los templos ecumenistas seguían elevándose por todas partes, llenándose de gente que -convencida o no- asistía a las discusiones y las conferencias, observaba las proyecciones cuatridimensionales, participaba de los rituales y las fiestas. Los verdaderos hanksis, aquellos que acogían en lo más íntimo el mensaje del nuevo profeta, procuraban también disponer los medios para que -llegado el momento- sus cuerpos fuesen a acompañar al de Hankl, en el viaje ritual sin retorno hasta el distante sol.

Mientras todo esto ocurría y los hanksis se integraban a la vida cotidiana con la naturalidad de aquello que llega para permanecer, la burocracia federal, por medio de la Comisión Universal para la Fe, decidía reconocerlos públicamente como una religión oficial más. Dowwe, que era uno de los siete senadores patrocinantes de la propuesta, se encontró después de la noticia con la lúcida Adaniy, su principal consejera y asistente personal. La conversación que sostuvieron tuvo para él un final sorprendente:

-Estoy cansado, Adaniy. La sesión fue más larga de lo que pensábamos.



-No me extraña: varios miembros de la Comisión son demasiado conservadores y no entienden que el mundo cambia, se modifica.

-Bueno, pero al fin lo hemos hecho. Ahora los hanksis no podrán olvidar quiénes son sus amigos.

-No creo que nunca lo hayan olvidado...

-Tal vez Dukkok no, pero allí también hay muchos que no entienden nada de política mundial.

-Como sea, Florián, en esa gente podemos confiar. Yo me siento realmente feliz en este día, porque ahora podrán tener cierto poder de decisión, estarán en condiciones de defenderse mejor de tantas amenazas.

Dowwe, atraído por el tono quizás demasiado enfático de su confidente y amiga, se acercó más hacia ella. Algo quedaba vibrando detrás de sus palabras, algo que él no podía captar con completa exactitud:

-No entiendo bien lo que quieres decir... ¿crees que esa decisión sea tan importante?

Adaniy, intuyendo que su entusiasmo era excesivo para la situación, replicó:

-Tal vez la decisión en sí misma no, Florián. Se trata de algo más bien formal, que de todos modos iba a producirse tarde o temprano. Pero no puede ocultarte que me alegra, hemos estado tan cerca de los estelares.

-Adaniy, es que tú también... No, no puede ser...

Ella, un poco turbada, sonrió tímidamente. Después de un expresivo silencio se decidió a responder:

-No es lo que tú piensas, Florián, no temas, no he tenido absolutamente nada que ver con ellos. Sabes que no podría engañarte en una cosa así. Es otra cosa, una especie de afinidad, de simpatía que se mantiene desde lejos. Lo más que he llegado a hacer, te lo confieso, es visitar un par de veces el templo hanksi que hay aquí en Mahón.

Florián Dowwe se sintió auténticamente asombrado. Más que las estadísticas o que la misma sesión de la Comisión para la Fe esta

conversación, en apenas unos minutos, le había hecho entender todo el vigor con que se expandían los hanksis. Los ojos del viejo senador no traicionaron su inquietud pero hubo algo en sus gestos, en la forma en que bajo sus brazos y los colocó sobre el respaldo de la silla, que hizo comprender a Adaniy hasta qué punto él se hallaba perturbado. Ella puso sus manos sobre las de él e insistió:

-Sabes que siempre te he sido leal, Florián, y que no te abandonaré, no trabajaré para otros. Recuerda que, cuando estaba más próxima al budismo, pude mantener también mi independencia y no te traicioné siquiera en el asunto de la autonomía de Bihar.

El, entonces, la abrazó con afecto. Con lucidez pensó que todavía tendría que pasar algún tiempo hasta que pudiera comprender cabalmente lo que con Adaniy estaba ocurriendo.

Lejos de allí, en la nevada Yellowknife, El Gran Consejo de los hanksis dejó por una vez de lado sus diferencias y recibió la noticia con unánime alborozo. En una solemne proclama los ecumenistas estelares declararon que valoraban el gesto de la Federación Mundial y que estaban dispuestos a trabajar a favor de su consolidación y desarrollo. Esa noche Ferra y Dukkok se abrazaron, mientras Ana reía y lloraba a la vez, y recibieron la visita de Iya, que regresó después de una ausencia de varios meses para incorporarse a la fiesta. La alegría que provocaba el reconocimiento era compartida por varios millones de fieles, que sentían que por fin habían sido aceptados por un mundo que hasta hace poco los miraba más con curiosidad que con auténtica simpatía.

Sin embargo alguien, en su remoto cautiverio, avivaba en esos momentos su rencor: pensaba que ese día se había consumado la mayor de las blasfemias y que de allí en adelante en nada podía respetarse a la infame Federación.



16

S

El psicotek había demostrado, más allá de toda duda razonable, que Stek Ok-kae era tremendamente peligroso: tanto el balance estructural de sus proteínas como la historia de sus primeros años indicaban que ese hombre robusto, de escasa estatura y barba rala, era capaz de

arrebatos de violencia que se sumaban a una escasa disposición para el olvido. La Junta encargada de establecer su castigo dictaminó, en consecuencia, que su condena debía ser cumplida en principio íntegramente, y que era preferible que ello se hiciese en un ambiente apartado, donde sus movimientos fuesen más fáciles de observar. En la Estación Orbital Himalayas-5, se pensó, podría tenerse a Ok-kae aislado, evitándose además que interviniera en los destinos de su secta.

Pocos meses después llegó hasta el juez Ogárov, en Vancouver, el primer informe sobre la suerte de *Los Desesperados*: las conclusiones no podían ser mejores. Rashawand Singh, valientemente, se había apartado de su pasado de intolerancia y aceptaba con expresa buena voluntad los planes de quienes pretendían rehabilitarlo. Además, había sostenido una larga reunión con los remanentes de lo que fuera su combativo grupo, tratando de llevarlo hacia el nuevo sendero que se proponía recorrer. La acogida no había sido del todo favorable, es cierto, pero de hecho *Los Desesperados* parecían ya al borde de la disolución y no había razones para temer el resurgimiento activo de la fanática secta. La mayoría de sus integrantes, ante los dramáticos sucesos que llevaron a la transformación espiritual de su guía, había optado por regresar de un modo u otro al seno de la gran religión sikh. Las pocas decenas de sectarios que persistían en su vocación de exclusivismo y violencia no tenían un gurú, un dirigente carismático que lograra aglutinarlos como grupo organizado. Había algunos pocos más que, lealmente, continuaban reconociendo a Rashawand como su único líder y que esperaban con paciencia su retorno al mundo de los seres libres.

Ok-kae, entretanto, y a pesar de los negativos resultados que reiteraba el psicotek, exhibía en general buena conducta. Trabajaba con tenacidad, silencioso y apartado, en la sección de alimentos de la gran estación orbital. Sus jefes informaban que se adaptaba bien a su equipo, aunque sin mostrar demasiada intimidad hacia sus compañeros, todos reclusos como él. Tampoco parecía interesado en establecer contacto con Pustenak y con Flores, los otros dos *desesperados* que compartían su suerte en diferentes secciones de Himalayas-5.

Hjar Svensonn paseó su vista por la amplia sala donde se distribuían y procesaban los alimentos: los robots, controlados a veces por sus hombres, mantenían el lugar en perfecto orden. En realidad los peligros eran ínfimos, casi desdeñables: ninguna agresión o sabotaje podía ser emprendido allí, porque los sistemas automatizados de vigilancia lo impedían, y el principal problema que enfrentaba -tan antiguo como las

cárceles mismas- era evitar que el tedio de esa gente se transformase en agudo malestar. Por eso prefería a los reclusos que tuviesen fuertes inclinaciones religiosas, como Ibrahim u Ok-kae, porque para ellos existía también otra realidad, otro mundo más trascendente que el inmediato, tan monótono como insoportable. Hjar, antes de retirarse a su cubículo, se detuvo un momento a observar los prisioneros. De todos ellos era Ok-kae el que tenía una más definida personalidad, el único que parecía poseer una inteligencia clara y una voluntad superior a la del común. Pero seguía sintiéndose incómodo ante él. No es que le temiese, por supuesto: el robusto convicto no podía ocasionarle el menor daño físico, eso era impensable en un lugar como aquel. Pero el modo excesivamente sumiso con que el sikh acataba sus órdenes y la furia contenida que alcanzaba a presentir debajo de su semblante inexpresivo, le provocaban a veces un ligero estremecimiento, un deseo de evitarlo en todo lo posible. Hjar, después de recordarse a sí mismo que ese espantoso trabajo tenía una paga que lo hacía tolerable, se retiró del recinto.

Apenas los ocho hombres quedaron solos en la aséptica sala, dos de ellos, precisamente Ibrahim y Ok-kae, se acercaron cautamente. Ok-kae habló en árabe, con bastante dificultad:

-Tengo buenas noticias para tí, Ibrahim.

Ibrahim era un hombre alto, bastante joven, que tenía una cara lampiña en la que se combinaban de un modo extraño la dureza de facciones con una ingenua mirada. Sin disimular su interés preguntó:

-¿Has sabido algo de la Jihad?

-Sí, Flores logró por fin hacer contacto con tu gente. Ellos te recuerdan siempre, con la esperanza de que puedas regresar y unirte a sus proyectos.

-Ojalá pudiera hacerlo! Pero bien sabes que aún deben pasar otros tres años hasta que me permitan regresar a la Tierra.

-No desesperes, Ibrahim, haz como yo: trabaja, con mucha prudencia, pero trabaja siempre. Tengo que decirte algo más, algo que te alentará: la Jihad de los Justos se ha reorganizado, al menos en algunas regiones. Parece que están preparando algunas acciones de importancia.

-Eso es bueno, es lo que deben hacer, continuar activos. Me atormenta no poder colaborar para nada con ellos, no estar haciendo algo útil, ahora que tal vez me necesitan más que antes.

-No te preocupes, Ibrahim, ya encontraremos la forma de hacerlo.

-Es que estoy tan aislado aquí, tan impotente... parecería como si mi condena nunca fuese a terminar.

-Eso no tiene por qué ser así.

Ok-kae fingió estudiar el panel indicador de un robot, mientras miraba disimuladamente a su alrededor. Al comprobar que nadie podía escucharlo se atrevió a decir, con un susurro:

- Si tú me ayudaras, podríamos escapar de aquí, aunque te parezca imposible.

Ibrahim lo miró con incredulidad. El otro prosiguió, hablando suavemente, con una leve sonrisa en sus labios:

-No es tan difícil como tú crees, te lo aseguro; he pensado en un plan que no puede fallar. Pero necesito de tu colaboración, Ibrahim, porque sólo si estamos unidos podremos fugarnos.

Los ojos de Ibrahim comenzaron a brillar con alegría, pero Ok-kae hizo un breve ademán, como llamándolo a la calma:

-No se trata de algo imposible, entiendes, pero es preciso que trabajemos con paciencia, inteligentemente. De otro modo nos perderíamos para siempre.

-Entiendo. Dime, ¿qué es lo que yo debo hacer?

-Por ahora nada. Ya te avisaré. Tengo que lograr antes que algunas otras personas nos ayuden. Pero no debes hablar de esto con nadie, absolutamente con nadie.

Ok-kae sentía, desde los días del juicio en Vancouver, que con él se había cometido la más abrumadora de las injusticias. Había visto con indecible asombro la forma en que su jefe renegaba públicamente de su fe, de la fe por la que él hubiese dado sin vacilar la vida. El asombro, casi

inmediatamente, se transmutó en un odio inacabable: para él era la mayor de las blasfemias esa retractación ante el Gran Jurado, esa forma de pedir clemencia que se le antojaba la más grande de las hipocresías. Había sentido, además, que eso hacía quedar como fanáticos incapaces de arrepentimiento a los más leales seguidores del grupo, propiciando su derrumbe moral. Nada pudo hacer, sin embargo, en aquel aciago momento, pero guardó para sí el propósito de una perseverante venganza. El veredicto, por cierto, confirmó sus peores temores: el que fuera su gurú, gracias a su abominable traición, había logrado una condena leve, en tanto que él, por mantener en alto sus principios, era relegado a una desolada estación orbital.

Pero lo peor llegó más tarde, tiempo después, cuando se enteró de las campañas pacifistas que llevaba a cabo Rashawand, cuando comprendió que a pesar de la muerte de Hankl Ozay los impuros estelares se extendían con la velocidad de los corceles del demonio. Fue entonces cuando, ya habituado a las repetitivas pero en el fondo benignas condiciones de su internamiento, concibió el designio de regresar hacia la lucha. Sus proyectos eran vastos, aunque sus posibilidades ciertamente limitadas: por eso, con sensatez, se propuso antes que nada acabar con su aislamiento. No le fue difícil saber de sus antiguos camaradas y pronto encontró la forma de comunicarse con ellos: sobaban en la estación las personas que, por un poco de dinero, eran capaces de realizar pequeños servicios a los prisioneros. Cultivó entretanto la amistad con Ibrahim, un hombre simple al que le resultaba fácil dominar, porque comprendió que no podía estar solo en esa delicada empresa, que necesitaba de alguien próximo a sí que lo ayudara y actuase como su más inmediato colaborador.

El segundo paso consistía en ponerse en contacto con la Tierra. Ello, en principio, le estaba completamente vedado a Ok-kae, quien se veía por lo tanto ante un obstáculo aparentemente insuperable. Pero el problema se resolvió de un modo insólito, mucho antes de lo que él se atreviera a imaginar: un día fue encargado de ayudar en la descarga de una gran nave procedente de la Tierra, a la cual se le había trabado el mecanismo que permitía mover los contenedores. Una vez allí, por afortunada coincidencia, se encontró con una joven que se quedó mirándolo fijamente. El tuvo una corazonada y preguntó, en el idioma de su tierra natal:

-¿Por qué me miras así, con la sinceridad de una leona?

Ella, que era de Amristar y que entendió enseguida la alusión al segundo nombre que lleva todo sikh, respondió con una esquiva sonrisa:

-Porque creo que te conozco. Tú fuiste valiente también como el león, en ese terrible juicio.

-Yo soy Ok-kae Singh, y vivo la desventura de los hombres sinceros.

-Sí, ya lo recuerdo. Mi nombre es Addahadap Kaur.

Siguieron conversando, mientras fingían destrabar el complicado sistema de descarga de la nave. Ella no compartía realmente sus ideas religiosas pero, compasiva y deseosa de darle una oportunidad, se ofreció sin reticencias a servirle de correo.

Gracias a su valiosa ayuda Ok-kae, en pocas semanas, estuvo en condiciones de saber lo que había acontecido entre los *Desesperados*: se informó de quiénes eran los pocos que seguían fieles a las ideas que en otro tiempo pregonara Rasahwand y también supo, con invicto orgullo, que muchos de ellos lo consideraban como un mártir y casi como un gurú.

El siguiente paso fue establecer contacto directo con su gente. Le llevó mucha paciencia acercarse sin despertar sospechas a la sala del compucom y conquistar la buena voluntad de una empleada que, después de larga resistencia, accedió a dejarlo hablar. Lo tenía que hacer brevemente, porque ella le cobraba una enormidad, pero podía de esa forma ir consolidando una red de amigos y de apoyos, atento siempre a las proyectos que iba conformando en su mente. El dinero, a esas alturas, lo conseguía gracias a Ibrahim, que de buena gana le entregaba casi todo lo que le enviaba su familia.

Hasta allí había cometido, en verdad, tan sólo leves transgresiones a las normas de su confinamiento. Alentado porque sus planes se iban concretando sin tropiezos gracias a la ayuda de muy diversas personas, se atrevió entonces a acometer objetivos más ambiciosos. Contaba ya con la solidaridad de quienes seguían considerándose como auténticos *desesperados* y -por otra parte- con la activa benevolencia de la Jihad de los Justos. Comprendió entonces que no se trataba simplemente de escapar: era indispensable tener una línea de acción clara para cuando llegara el momento de regresar a la Tierra.

No se atenía ya estrictamente al credo de *Los Desesperados*, porque pensaba que en sus condiciones debía aceptar ciertos compromisos con la poca gente que estuviese dispuesta a secundarlo. Pero, más allá de dogmas y de definiciones teológicas, los propósitos de Ok-kae tenían una connotación indudablemente personal. En eso no estaba errado el



tantas veces criticado psicotek: él era un hombre rencoroso, absolutamente apegado al pasado y por eso, a pesar del tiempo transcurrido, odiaba cada día más a Rashawand. Anhelaba destruirlo, hacerle pagar su monstruosa y descarada traición, pero soñaba también con una venganza más sutil y refinada, quizás más brutal: demostrarle a ese engendro del oscuro demonio que él -el despreciado Ok-kae- era capaz de realizar lo que el falso gurú no había alcanzado a hacer: emprender una gran cruzada que exterminase -sin vanas contemplaciones- a los blasfemos hanksis, a sus cómplices del satánico Gobierno Federal y al mismo Rashawand.

Ok-kae soñaba, y sus sueños eran terribles pesadillas que se confundían con anhelos de pureza y de fiera austeridad. Cuando miraba hacia la Tierra azul no veía sus nubes ni sus mares, sino ciudades incendiadas por la insurrección que pretendía desencadenar. Por ahora, sin embargo, debía concentrar sus esfuerzos en algo más pequeño pero indeciblemente importante: escapar de Himalayas-5.



17

## CI

Se llamó en una época Guancal y antes aún, San Juan de Manapiare; quedaba lejos de todo. Allí, un día lluvioso de agosto, apareció un hombre de pelo intensamente negro, con una pierna que a pesar de todo se notaba como ortopédica, calmo y sencillo. Su barba estaba intacta, como su corazón y su nombre: Singh, el león.

Había pasado sin dolor las primeras experiencias a las que se lo sometió con el propósito expreso de rehabilitarlo. Su fanatismo había sido confrontado con hechos que hubiesen podido alterarlo profundamente, desarrollando en él la semilla de la tolerancia que todos los hombres llevan por dentro. Pero Rashawand ya había aprendido tantas cosas en el Artico que ahora se encontraba como ante una paradoja: comprendía que lo que estaba haciendo no podía reformarlo, puesto que ya estaba transformado, pero no podía solicitar a sus jueces que lo absolvieran por completo, porque ello hubiera podido ser interpretado como una burla o un gesto impropio de soberbia.

Había ayudado secretamente a unos familiares de Carindha por medio de una oración fúnebre que los conmovió; había trabajado para enviar

póstumamente sus restos hasta el Sol. En varios sitios -una aldea persa, el Pacífico, una ciudad africana- había predicado con amor en contra de las innumerables injusticias cotidianas. Se atrevió también, aunque esto nadie se lo pidiera, a exponer ante los miembros de la que había sido su secta las ideas de paz y de tolerancia que ahora eran suyas; hasta de su admiración por el Profeta habló, en esa noche alucinante. La respuesta había sido inesperadamente cálida: muchos de sus antiguos camaradas habían aceptado su cambio, al menos de palabra, aunque algunos pocos también lo habían rechazado con vehemencia, tratado de llegar hasta la agresión. Ok-kae, confinado aún por sus delitos, era quien más enconadamente continuaba odiándolo y le había hecho saber, por medio de algunos de sus seguidores, que jamás podría gozar de su perdón.

El castigo de *El Desesperado* -su viejo nombre, aunque ahora poco apropiado a su modo de ser, se resistía con tenacidad al olvido- había sido finalmente leve. Después de la última sesión de psicotek se decidió que debía trabajar obligatoriamente dos años, en condiciones normales, para la Corporación Protectora del Río Ventuari. Eso era todo. Rashawand asesoraba a los visitantes, colaboraba en el estudio de ciertas especies de árboles tropicales, recorría con frecuencia los caños o pequeños ríos de la vasta región.

Se sentía a gusto, unido con lealtad a un paisaje que no era tan distinto al de su tierra natal, fascinado por la plenitud de la naturaleza que allí el hombre, inteligentemente, había protegido de sus propios excesos. Vivía entonces un tiempo de meditación, de profunda comunión con la tierra, alejado de vanas tentaciones y de efímeras angustias. Pero su ascético recogimiento no excluía el amor y la amistad hacia sus semejantes: por eso, y porque nunca había podido olvidarla, acogió con inocultable alegría la visita inesperada de Warani, a la que no había visto sino una vez después de los días del juicio en Vancouver.

Llegó sin aviso a su morada, una construcción circular que se elevaba sobre una delgada columna de unos quince metros de altura, abriéndose directamente hacia las copas de los árboles. La mañana traía un aire fresco, aromático, cargado de tenues sonidos. El escuchó su nombre, pronunciado por esa voz musical que tan bien conocía, y por un instante creyó que su vida solitaria lo había conducido a ingobernables alucinaciones.

-Rashawand... Rashawand...

-¡Warani! ¡No puede ser! ¿Cómo has llegado hasta aquí?

-Por el camino del amor a la verdad -respondió ella, sonriendo al recordar en esa circunstancia el comienzo de una antigua plegaria.

Warani había sido -no tanto tiempo atrás- una discípula sincera y una inteligente compañera de lucha, pero también la amenaza más directa a su propósito de vivir en completa castidad, porque Rashawand sabía que, así como ella se dedicaba íntegramente a la fe que compartían, podía también entregársele a él como mujer. Era una jóven de perturbadora belleza, intensamente suaves sus movimientos, que parecía adorarlo. Pero cualquier acercamiento profano hubiese sido doblemente censurable: él no era sólo un asceta sino también su maestro, y por ello el último a quien podía permitírsele un pensamiento semejante.

Conversaron con esa intensidad que sólo conocen quienes se encuentran después de la distancia. Ella le contó de su breve cautiverio, de las pruebas por las que había pasado en esos largos meses. Pero también fue pródiga en preguntas, interrogándolo con orden y con pasión acerca de su vida actual. Sentenció, después de unos momentos:

-Rashawand, eres el mismo pero también eres otro. Me alegro de que sigas siendo tan sincero como siempre, pero me alegro también de que hayas tenido el valor para cambiar. Singh, tú eres de verdad mi maestro porque siempre tienes algo nuevo que enseñarme.

Lo dijo con amor, con intensa ternura. Y él sintió otra vez que lo atrapaba ese antiguo dilema, que renacía esa lucha interior que no podía superar por completo: quiso exponerle la lenta y profunda transformación que habían seguido sus ideas, pero pensó también en aproximarse más aún y abrazarla, sin palabras. Nada hizo. Ella por fin habló, tal vez entendiéndolo:

-Los *Desesperados* ya no existen, Rashawand, al menos en la forma en que los recordamos. No reconocerías al grupo si hoy te acercases a él: los que quedan son unos fanáticos que parecen haberse vuelto locos, que han olvidado todo lo que aprendieron contigo y se comportan más como una banda de delincuentes que como una organización religiosa.

-Algo de eso intuí cuando estuve con ellos, hace ya algún tiempo. Pero no me he olvidado de mi responsabilidad: no soy yo quien deba censurarlos, porque ellos son el amargo fruto de mis errores pasados.

-No digas eso, no te acuses, todos podemos elegir. Ellos han buscado deliberadamente ese camino. Y ahora ha quedado sólo la violencia, el

hábito de agredir, que han convertido en una forma de vida. Son pocos, es verdad, pero llevan nuestro antiguo nombre.

-¿Qué has sabido de Ok-kae, Warani?

-Se dice que él es quien los dirige... Nadie sabe con exactitud dónde está preso, pero es seguro que ha encontrado alguna forma de comunicarse con ellos. Es el más duro, el más implacable -Warani hizo una pausa, y dijo ya en otro tono, más íntimo-: ha jurado vengarse de tí.

Rashawand -no pudo evitarlo- la miró con ternura. Ella siguió:

-La mayoría de los nuestros, tú lo sabes, se ha dispersado, regresando hacia la antigua tradición. Pero también hay otros, otros de gran valor, que no pueden olvidar al antiguo maestro, que comprenden su necesidad de aislamiento pero que esperan también de él orientación y guía.

-¿Vienes tú en nombre de ellos?

-No, no así, directamente, pero me siento de algún modo cercana a lo que sienten.

El comprendió el desamparo que transmitía su discípula, el vago reproche dirigido a quien había sido inapelable gurú. Y, con clara exactitud primero, con su apasionamiento de siempre después, fue desplegando ante Warani los hechos que ella casi perfectamente conocía, pero sobre los que aún no se habían detenido a dialogar. Ella revivió entonces el pasado: nada le costó entender el empecinamiento con que él había perseguido a Hankl por el desierto helado, la conmoción y la sorpresa de aquel mítico encuentro, lo ocurrido después, su expiación y dolor, su nueva vida. Penetró en el laberinto de su razón y de sus emociones, intuyendo también que la muerte inexplicable del Profeta había hecho todo más sencillo, pues su mensaje era ahora patrimonio común, lugar propicio para abiertas reflexiones. Se sintió reconfortada porque Rashawand, otra vez, mostraba el espíritu indómito que siempre lo caracterizara. Pero entonces, y más que antes, fue otra vez consciente de la ambivalencia de sus sentimientos. Porque ella también, aunque de otro modo, había tenido que luchar contra la tentación que su propio maestro representaba y, mientras él hablaba, pensó por un momento que podrían -ya fuera de la vorágine de *Los Desesperados*- encontrarse simplemente como hombre y mujer. Pero la asaltó entonces el temor de haber hecho algo para el arrepentimiento porque, quizás para compensar el aislamiento de la secta, ella había

quebrado su voto de castidad con ligereza, sin siquiera pasión, en los meses oscuros en que vivió solitaria. Nada podía decir, sin embargo: todo parecía confuso, impreciso, fuera del tiempo y del lugar apropiados. Después de una pausa, por ello, volvió hacia los temas que podían unirlos. Interrogó así a Rashawand sobre el futuro:

-Te comprendo, Rashawand, entiendo todo por lo que tú has pasado. Me hubiera gustado estar más cerca de tí... Pero dime, ¿qué harás ahora? quiero decir, cuando puedas salir de aquí, como un hombre enteramente libre...

El percibió en su tono los ecos de una lucha interior que, por cierto, no alcanzó a entender con claridad. Respondió llanamente, dando forma a los proyectos que delineaba con paciencia en las noches del trópico:

- Es verdad... Yo no puedo proseguir para siempre en esta vida de aislamiento: algún día tendré que regresar, lo sé, para que todos conozcan lo que pienso ahora. Pero creo que ese tiempo aún no ha llegado. Warani -hizo una pausa, como buscando las palabras exactas- ya te he dicho lo que significa para mí el mensaje de Hankl. Sé que es difícil aceptarlo, pero en este tiempo he buscado sin descanso una especie de síntesis: sigo siendo un sikh, porque siempre lo he sido y ya no podré dejar de serlo, pero me he convertido también en un estelar... en un hanksi, como dicen ahora. Sé que suena un poco incongruente, pero es la más profunda verdad.

-No, no es incongruente... es algo sincero. Quizás sea el mejor modo de mantener la tradición y aceptar el cambio de los tiempos.

-Sí, tal vez pudiéramos reagrupar a algunos de nuestros camaradas, Warani, no a través del odio, como antes, sino tratando de encontrar el punto en que confluyen esos ríos: la antigua y parsimoniosa corriente de nuestro pasado, el torrente impetuoso que ha desatado Hankl.

Ella pensativa, nada le respondió. Miró hacia afuera durante un rato, apreciando cómo cambiaba el color de los árboles a medida que progresaba la mañana y luego dijo, incoherentemente:

-Este paisaje es desconcertante, Rashawand, nunca había visto nada igual. Yo he nacido en Lhasa, recuerdas? -y enseguida agregó, sonriendo francamente-: Me gusta la idea, sí... tal vez es lo mejor. Al menos vale la pena intentarlo. Pero, ¿cómo crees tú que podríamos hacerlo?

-No lo sé exactamente, no lo sé. Pero si los estelares fueran tan tolerantes y abiertos como dicen, podríamos integrar alguna especie de confraternidad: seguir las mismas enseñanzas aunque por diversos caminos, sin ofendernos, como hermanos que compartimos una misma mesa pero vivimos de modo diferente. No sé si será posible lograrlo, si ellos aceptarán algo así. Los rencores, a veces, sobreviven largamente. Tampoco sé cómo recibirán nuestros hermanos una propuesta semejante. De todos modos este es mi camino, lo único en que ahora puedo creer -de pronto sonrió, inclinando su cabeza y cambiando de tono-: Ah, Warani, perdóname, porque estoy hablando con soberbia, sólo de mí mismo, de mis proyectos, sin conocer a fondo los tuyos.

Ella mostró un semblante de felicidad, pero replicó austeramente, como en los viejos tiempos:

-Te seguiré como antes, Rashawand. Estoy dispuesta a hacer todo lo que me pidas.

Hubo un corto silencio, una corriente poderosa de afecto que los acercó. El tomó sus manos entre la suyas:

-Pues entonces te pediré algo: me gustaría que viajases a Yellowknife con esta propuesta, que lo transmitieses a quienes me conocen: Dukkuk, Swende, Iya -sus manos se acariciaban ya, pero ambos se contenían- que les cuentes a ellos, pero sólo a ellos, de nuestros proyectos. También tendrías que ir a hablar con los nuestros, con los que tú pienses que mejor me comprenden. ¿Crees que haya alguno que pueda seguirnos?

-No sé, Rashawand, tal vez lo mejor sería que tú viajases y hablaras con ellos. ¿Podrías hacerlo?

-No de inmediato, no puedo abandonar este trabajo. Pero aquí, en esta zona, algunos podrían visitarme.

Se besaron en el momento de la despedida. No como amantes, ciertamente, pero tampoco como discípula y maestro: ambos sintieron una alocada felicidad y anticiparon, con gozo, la promesa de un próximo encuentro.

Swende no podía creerlo: el compucom se había conectado solo y estaba funcionando, transmitiendo algo. Era muy tarde y la casa, tan alejada de la ciudad, se rodeaba a esas horas de un silencio grave, que

parecía sobrenatural. La voz sonaba extraña y las palabras ininteligibles, pero después de unos momentos comprendió que no se trataba de ningún error: alguien, del otro lado, parecía repetir su nombre. En la pantalla nada se observaba pero Swende, por fin, logró captar algo:

-Andreas Dukkok o Swende Aere, necesito comunicarme con ustedes, es importante -decía el compucom, en medio de un crepitar lejano que a ella le resultaba amenazante. Se acercó, un poco temerosa: el conjunto de la voz y la imagen, que ahora dejaba ver un borroso contorno femenino, era auténticamente fantasmal.

-Quién llama?

-Es Swende Aere?

Vaciló durante unos segundos pero la voz, con firmeza, insistió:

-Es usted Swende Aere?

-Sí.

Hubo una nueva demora, ahora desde el lado del emisor; la pantalla se aclaró.

-Gracias por decir la verdad. Es una amiga la que intenta comunicarse así, créame. Tengo motivos para hacerlo de este modo, tan poco usual, porque nadie, salvo usted o Dukkok, debe saber de esto. Nadie.

-Qué quiere? -Swende todavía reflejaba en su voz la molestia y el temor que le producía la intrusión.

-Una entrevista, nada más que eso. Tengo un mensaje que debo darles: es de parte de un hombre al que tal vez ustedes aprecien. Pero no puedo decirles más. Quiero conversar con privadamente... y acepto de antemano que fijen la fecha y el lugar.

-Pero, quién es él?

-Tiene que comprenderme, no estoy en condiciones de hablar.

-Es que así no puedo comprometerme a nada...

Hubo otro silencio, ahora un poco más largo, hasta que ella respondió:



-Está bien, le diré algo: él es uno de los que estaban en el asiento de atrás, después de la tormenta. No puedo decirte nada más, porque temo que haya alguien escuchando, pero creo que con eso basta... si no tienen demasiada mala memoria. Los llamaré mañana, a la misma hora.

En la amplia sala, debajo de la representación estilizada de la galaxia, la gente permanecía absorta, concentrada en el juego de imágenes y de palabras que poco a poco los iba cautivando.

-Renaceremos siempre en la corriente del universo -decía un hombre joven, de rasgos fuertemente asiáticos, que iba excitándose a medida que pronunciaba su pequeño discurso.- Ningún juicio final nos aguarda, hermanos, sino las infinitas estrellas, nuestras madres, que nos han permitido el don inigualado de la vida. Juntos nacimos y nos hemos perfeccionado: mucho hemos hecho en apenas milenios, pero nuestro camino no tiene límites. Hankl Ozay, el Profeta, lo ha dicho: en nosotros, en cada uno de nosotros, existe plenamente el Cosmos. Más allá de lo que vemos con nuestros pobres ojos está el testimonio de los soles que los crearon, y de los que nos seguirán alumbrando. -Calló, e inmediatamente, todos repitieron a coro:- Tú, Hankl Ozay, que con paciencia supiste mantener la razón, ayúdanos a recorrer con felicidad nuestro camino de regreso a las estrellas.

Hubo luego una pequeña ceremonia: la gente, tomada de la mano, fue formando dos grandes círculos concéntricos. En silencio, se inclinaron ligeramente, bajando sus cabezas, mientras el salón quedaba completamente a oscuras. Luego se produjo un sonido grave, casi un temblor, en tanto surgía en el centro una proyección verdaderamente admirable: todos alzaron su vista para mirar el volumen de la Tierra, cubierto en gran parte por un blanco brillante que tenía la calidad del hielo. La imagen se ensanchó, como en un acercamiento vertiginoso, hasta que un paisaje de frías montañas quedó al descubierto. Frente a una caverna, alumbrada por un fuego de maderas de pino que desprendía un fuerte olor a resina, se agrupaban varios hombres y mujeres vestidos con pieles. Contemplaban la luna llena con arrobamiento mientras movían lentamente sus cuerpos, sin desplazar sus pies, en una danza casi silenciosa: sólo se oía una especie de murmullo acompasado, un ritmo que se repetía, idéntico a sí mismo, hasta producir una sensación como de vértigo. Después de unos minutos la proyección se desvaneció y en su lugar apareció un sol rojizo que destacaba contra el fondo negro del espacio vacío y una pequeña cápsula de salvamento. Luego la luna. Pero la luna no ya vista desde la Tierra sino

como desde allí mismo, mostrando una colonia en la que destacaba, también bajo un cielo negro, la figura del primer templo estelar fundado en ese astro. La proyección fue desdibujándose, mientras una música placentera envolvía al templo.

El grupo, después de una plegaria final, comenzó a desmembrarse. En ese momento una obesa mujer, de clara cabellera, se acercó hasta Dukkok; éste se había situado cerca de la entrada, a pocos pasos de su vehículo, de acuerdo a lo ya convenido. Pero todavía era rodeado por un grupo de amigos, que conversaban animadamente. Ella le dijo, con naturalidad:

-Hermano, ¿podrá llevarme hoy hasta mi nueva casa? Quisiera mostrarle lo que he traído de Londres. Es una auténtica antigüedad.

-Sí, hoy me es posible -le respondió él, sonriente. Se despidió brevemente de los otros y se encaminó con la mujer hacia su automóvil.

En pocos momentos, después de atravesar las zonas menos densas de la ciudad, se encontraron frente a una cabaña de troncos. No muy lejos, bajo la luz del lento atardecer, se dibujaban los movimientos de unas olas rosadas. El lago estaba próximo y la ciudad se veía ahora como una nube de brumosa luminosidad. El frío se sentía más allí.

La cabaña era un lugar apartado, con sutiles dispositivos de seguridad, que Dukkok utilizaba a veces para entrevistas privadas y para aislarse de los compromisos que implicaba su pertenencia al Consejo Ecuménico. El sabía ahora, por ello, que la mujer no llevaba consigo ningún arma mortal conocida. Tensa, ella le habló francamente, casi con rudeza:

-Le diré la verdad de una vez. Si no le interesa lo que le propongo me marcharé, y nadie sabrá nunca de esto. Le pido idéntica discreción.

-Hable entonces.

-Vengo de parte de Rashawand Singh, el Maestro.

-¡Usted es...!

-Sí, soy Warani Kaur -sonrió tímidamente, distendiéndose un poco- y me costó mucho esfuerzo transformarme así. Sólo un experto artesano puede hacer que una luzca natural con cuarenta kilos de más.

-Estoy seguro de que nadie ha podido reconocerla.

-No, y es importante que todo siga de este modo. Tenemos ahora enemigos que no están dispuestos a perdonarnos.

- ¿El grupo de *Los Desesperados* continúa existiendo?

-No, no, todo ha cambiado. La mayoría ha encontrado formas más convencionales de vida, pero hay algunos, algunos pocos, que se han vuelto aún más fanáticos que antes. Han formado una hermandad sectaria verdaderamente peligrosa, llena de odio hacia nosotros. No sé como explicárselo... no hay mística ahora, es algo diferente. El que los dirige es Ok-kae.

-¿Ok-kae? ¿Pero él no está preso..?

-Sí, sabemos que lo tienen en una estación orbital, aunque es casi seguro que ya ha encontrado el modo de comunicarse con los suyos. El juró vengarse de nosotros y hemos comenzado a recibir terribles amenazas.

-Y Rashawand qué hace? ¿qué piensa de todo eso?

- El está bien, terminando de cumplir su condena en un sitio tranquilo, viviendo casi como un hombre libre. Pero no podría asegurarle que esté a salvo... Por eso actúo con tanta cautela. Tiene algunas ideas que es necesario que ustedes conozcan.

Dukkok hizo un gesto interrogativo y ella prosiguió, expresándose con cierta dificultad:

-Sucede que estamos formando un nuevo grupo, pero no una secta cerrada como antes. Rashawand ha cambiado tanto en estos años! Ahora acepta en gran parte el legado de Hankl, sus enseñanzas, pero trata de continuar con algunos de los preceptos que siempre hemos seguido.

-No parece que así pueda tener muchos seguidores entre sus antiguos discípulos...

-No, claro está, la mayoría piensa que eso está demasiado lejos de nuestra tradición. He estado hablando con algunos, hace poco, y casi todos prefieren mantenerse apartados, porque no entienden que pueda haber un gurú que sea a la vez un hanksi.

-Pero Rashawand no es un hanksi... ¿o es que ha pensado en convertirse?

-No, no de ese modo. El no puede adoptar una filosofía renegando de la otra. Ha estado meditando y estudiando para lograr una síntesis, para encontrar el punto en que pudieran unirse postulados tan diferentes. Creo que lo ha logrado. Dukkok, eso es lo que queremos que acepten, que comprendan ustedes: nosotros somos sikhs y nunca podremos dejar de serlo, porque hay formas de vida que nadie está en condiciones de cambiar por un simple acto de la voluntad; pero también somos leales seguidores del Profeta, creemos en él y en su palabra.

-Es grato para mí oír lo que dices, Warani. Sabes, desde que conocí a *El Desesperado* siempre sentí por él verdadero respeto y hasta admiración. Sé que es un hombre extraño, sin duda, pero desde hace tiempo esperaba que sucediese algo así, algo como lo que tú me cuentas.

-Rashawand tiene también mucha confianza en usted, y en Swende e Iya. Por eso me pidió que los buscara. Me dijo que ustedes tres entenderían, que recordarían lo que sucedió en el Artico.

-Nadie en este mundo podría olvidarlo!

Ella, ya con más confianza en sí misma, comenzó a tutearlo también:

-¿Cómo crees que los demás recibirían una propuesta como ésta?

-Perdón, pero eso no está claro para mí: ¿a qué propuesta te refieres?

Ella, algo turbada otra vez porque se daba cuenta de que no lograba exponer sus ideas con claridad, respondió vacilante:

-La de constituir, no sé, algo así como una amplia confraternidad. Dukkok, comprendo que estas ideas tienen que parecerle algo confusas, pero pienso que debiéramos tener ciertos contactos regulares, que tenemos que trabajar juntos, aunque más no sea para compartir las informaciones que necesitamos para defendernos. Tenemos enemigos comunes y, en gran parte, también una fe común.

-Así planteado suena bien, como algo constructivo. Y yo no me opongo, al contrario, creo que tienes razón. Pero no lo verán de esa manera en el Consejo Ecuménico, te lo aseguro. Hay mucha gente allí que tiene un resentimiento irracional contra Rashawand.

-¿Y si él hiciese una declaración pública que no dejara lugar a dudas?

- Warani, él ya la ha hecho, durante el juicio. Y eso más bien ha creado resistencia. Recuerda esto: hay quienes hasta lo acusan de haber matado indirectamente al profeta.

-Pero tú sabes que no es así.

Dukkok asintió con la cabeza, pensativo. Permaneció mirando las tranquilas aguas: valoraba el coraje de aquel hombre enjuto que todavía recordaba con un láser en la mano, y le gustaban también los acuerdos, las amplias alianzas que podrían fortalecerlos, no porque temiera a Ok-kae y a su pequeño grupo de sectarios, sino porque concebía al movimiento de los estelares como algo amplio, sin barreras, auténticamente universal. Pero sabía de la oposición de Ferra y de sus muchos seguidores, de la aprehensión con que todos recibirían una proposición semejante.

-Mira, no puedo proponer nada en el Consejo... para decirte la verdad, estamos en minoría allí y nuestras sugerencias pocas veces son seguidas. Sería contraproducente. Además, anticipo de antemano lo que algunos objetarán: para ellos la única alternativa sería que Rashawand se acercara a nosotros como un hermano más, aceptándolo todo, como cualquier hombre de fe que se despoja de su pasado al comenzar un nuevo rumbo.

-El tiene ahora una humildad que no reconocerías, Dukkok, y tal vez podría hacerlo: se ha convertido en un hombre dulce, pacífico, sin ambiciones. Pero no se trata de eso, él no puede proceder así; cuando se siente el llamado de la fe no deben hacerse concesiones por razones prácticas, y él estaría mintiendo si pretendiese ser un simple hanksi, un hombre que ha borrado su anterior existencia. Hay además un legado sikh que conservar, algo nuestro. Creemos en Hankl Ozay como en un auténtico profeta pero eso no es todo: para nosotros siempre será importante esa actitud de entrega, de misticismo, que es tan diferente al racionalismo de ustedes.

- Creo que lo entiendo, aunque quizás no tan bien como quisiera. Yo soy un hombre práctico -ya sabes- y sin embargo no se me ocurre la forma en que podría ayudarlos...

La reunión continuó así, durante un rato más. Poco podía ser acordado puesto que Dukkok no poseía el control del Consejo y Warani, enfrentada ahora a este hombre de ojos afables pero poco dado a la especulación, encontraba que sus propias propuestas resultaban vagas e imprecisas. A pesar de todo, ambos abandonaron la casa con una sensación de paz:

Dukkok porque sentía que se estaban cumpliendo algunas esperanzas que ya casi había olvidado; Warani porque percibía una corriente de amistad, de camaradería, que sus antiguos compañeros ahora raramente le lograban transmitir. Ella sabía que, a pesar de la falta de acuerdos concretos, una nueva puerta se había abierto para todos.

Era ya tarde cuando se despidieron, prometiéndose mutuamente la mayor discreción. Antes de hacerlo hablaron casi con entusiasmo de transmisores clandestinos y del compucom, de las técnicas que utilizarían en lo sucesivo para comunicarse entre sí. El sol, a pesar de la hora, se distinguía todavía como un inmenso disco rojo sobre el horizonte del lago.



18

## Ar

Iya, su cara oscura muy próxima a la ventana que se abría sobre la vastedad helada de la isla, releyó lo que acababa de escribir: era un relato extraño, el relato de una voz que hablaba a Hankl durante aquellos primeros momentos de su encierro, una especie de diálogo interior que tal vez sirviese de prólogo para ciertos escritos del Profeta.

Dejó entonces sobre la mesa el cubo y se incorporó, con la idea de salir a dar un paseo. Estaba satisfecho porque creía haber captado la intensidad de esa experiencia y porque sus investigaciones sobre la vida de Hankl le estaban abriendo ya desconocidos horizontes. Iba a dar la señal para que la puerta se abriese cuando, desde el fondo de su mente, surgió entonces una inquietud que lo detuvo: había captado, sí, las sensaciones que tuviera Hankl tantos años atrás, pero ahora comprendía que se le estaba escapando algo fundamental.

***¿Qué pensaste, Hankl, qué sentiste, además de la inmensa sensación de triunfo, de alivio, de invicta alegría? Cómo percibiste a esos hombres de los que nunca has hablado, a los astronautas sencillos que encontraron tu perdida cápsula y te trajeron otra vez al mundo de lo humano? Es que yo, Iya Semarani, sé que eras un hombre como todos los otros; pero yo mismo -el que recorrió contigo la más negra de todas las negras noches- soy el que proclamo ahora sin vergüenza que eres casi como un dios. No que lo fuiste, sino que lo sigues siendo, inmortal en verdad por obra de tí mismo. Pero eso no es todavía lo esencial. No.***

***Esa es simplemente la historia de tu rescate, una aventura a contar por la TVD; no es la forma en que se yergue un profeta. Es preciso hacerse otra pregunta, como tú supiste darnos a entender en aquella ocasión inolvidable: dejar de lado las culpas de los que te llevaron hasta Júpiter, las técnicas de salvamento, los azares permanentes del cosmos. Puedo entender cómo hiciste para no volverte loco: porque te conocí y supe de tu paciencia indescriptible, de tu curiosidad, de tu fe. Lo que nunca voy a poder entender es cómo lograste no sentirte un dios después de todo aquello, cómo pudiste volver a contárnoslo todo, repitiendo tu humildad y tu paciencia más allá de la locura.***

Iya, inmóvil y pensativo sintió, recién en ese instante, que lo estaban llamando por el compucom. La llamada se repetía ya desde hace un rato. Recobrándose, saludó mecánicamente:

-Buenas tardes...

Desde la pantalla una cara conocida, una mujer sonriente y casi calva, le respondió con afecto:

-Hermano Iya, pensé que había salido...

-No, simplemente estaba pensando -rió-, estaba de verdad como en otro mundo.

-Perdón por interrumpirlo así, pero lo llamo para confirmar el viaje del que hablamos. ¿Estará con nosotros la próxima semana en Etiopía?

- Sí, sí, por supuesto. Pero no es necesario que vengan a buscarme, viajaré hasta allí por mi cuenta. Quiero pasar antes unos días en Europa.

-Como a usted le parezca. Lo único que le pido es que nos avise con tiempo: quisiéramos prepararle una gran bienvenida.

-Gracias, lo haré. Estaré en contacto con ustedes.

De todo aquel grupo que rodeara a Hankl durante las últimas semanas de su vida sólo Iya, el africano, había regresado a Ventura. Varios meses estuvo atareado en Yellowknife, colaborando en la organización del movimiento y revisando los textos que les había legado el profeta. Pero pronto encontró que el incesante reunirse y discutir no ayudaban en nada a su trabajo y que no estaba de verdad interesado en la labor del



Consejo: sus inacabables sesiones, que tan fácilmente caían en pormenores administrativos o políticos, le producían un profundo hastío.

En cierto que su papel en el nuevo movimiento no era en modo alguno desdeñable: nadie podía olvidar la confianza que en él había depositado Hankl, consultándolo aun sobre los temas más trascendentes, ni la sorprendente oración fúnebre que dirigiera a la multitud el día aciago del regreso. Por eso le habían conferido un título honorífico, el de Custodio Insobornable de la Palabra Escrita, un reconocimiento de sabor medioeval que a él lo enorgullecía y le permitía evocar gratos recuerdos. Iya era, en cierto modo, como un árbitro supremo en cuanto a la fe naciente, aunque un árbitro sin poder ni capacidad de decisión, un hombre al que simplemente todos, en una ocasión u otra, se veían obligados a consultar, pero que no encabezaba ningún grupo o fracción dentro de la organización.

No sin algo de tristeza Iya comprendió que ese no era el destino que quería para sí mismo. La búsqueda de poder, con todas sus luchas y sus implacables exigencias, no era una pasión que alcanzase realmente a conmoverlo. Su puesto en el Consejo era ya más un estorbo para sus deseos que un vehículo de su realización interior: por eso decidió irse por un tiempo. Consideró la idea de regresar a su tierra, pero pronto cambió de opinión: tal vez pensó que allí no podría sentirse libre, entre homenajes y obligadas explicaciones, tal vez entendió que necesitaba de un escenario distinto para vivir plenamente como un hombre renovado.

Decidió entonces trasladarse otra vez hacia el norte y pasar algunos días en Ventura, anticipando el placer que le proporcionaría visitar aquel lugar en primavera. Quería ver otra vez el poblado, recordar desde cerca lugares y sucesos, hablar con la gente de la que no se había despedido. Llegó a finales de junio, cuando mejor podían apreciarse los esfuerzos de los ecologistas por adaptar diversos vegetales a ese clima auténticamente extremo.

Ventura le pareció calma, tibia, diferente pero ahora más bella. Se dedicó a caminar, a pasear en esquí, a organizar con el compucom toda la información que poseía. Poco a poco comenzó a escribir sobre toda la vasta experiencia que recorrían los ecumenistas. Sin apremio se dedicó también a investigar otra faceta de los hechos que a nadie parecía interesar: la biografía de Hankl, de ese desconocido que había bajado literalmente de los cielos y sobre el que en realidad tan poco se sabía. Olvidó por completo al Consejo Ecuménico y a Yellowknife, dispuesto a quedarse en la isla durante más tiempo del que había previsto.

Pero Iya no sólo amaba los cielos puros del inmenso norte: también amaba a París, a esa ciudad que siempre aceleraba el pulso de sus días. Por eso estaba allí ahora, confundido entre sus eternas multitudes, como un turista más, transitando con fruición sus bulevares -intactos en su trazado desde hacía tres siglos- liviano de ropas, en esos días de verano que le hacían recordar, absurdamente, sus caminatas juveniles por la inmensa Lagos. Las ciudades le parecían agradables así, por pocos días, pero luego todo su absurdo movimiento se le tornaba difícil de tolerar. París, claro está, seguía siendo diferente: había cafés que recordaban la vida que se hacía centenares de años atrás, excitantes mujeres, maravillosos puestos donde se vendían libros y pinturas antiguas.

Se acercó con interés a uno de esos sitios y pronto se concentró en examinar lo que para él era un verdadero tesoro: una guía turística de 1932, con variadas ilustraciones, completamente hecha en papel, por supuesto. La hojeó durante un rato, morosamente, dispuesto a comprarla cualquiera fuese el precio que pidieran, porque se le ocurrió una idea original: iría leyendo, en francés clásico, la descripción de los lugares que mencionaba la guía, mientras los visitaba en su recorrido vespertino.

Tomó el libro con cuidado, se incorporó, y entonces comprendió que lo venían observando desde hacía un rato: vio una sonrisa franca, unos dientes quizás un poco grandes, una cara redonda y las manos extendidas de un hombre de tan baja estatura como él mismo:

-Gran Maestro de los Cubos Mágicos, Angel Custodio del Profeta, o como quiera te llamen tus discípulos, ¡se te saluda! -dijo el hombre haciendo una graciosa y profunda reverencia.

-U Dan! Qué coincidencia! Mi título es el de Custodio Insobornable de la Palabra Escrita, pero puedo dejarme corromper por un buen café, si ese es tu propósito.

-Lo es.

Hablaban los dos animadamente, interrumpiéndose con frecuencia, alborozados. U había llegado a París varias semanas atrás para asistir a un seminario sobre restauración de obras de arte que había logrado aburrirlo hasta el límite de lo indecible. Iya estaba por poco tiempo, porque debía cumplir su compromiso con el capítulo de los estelares de Etiopía -una disertación solemne- y porque además planeaba un recorrido original:

-Detesto los viajes apresurados, sabes. Prefiero en cambio alquilar en Bengasi un buen automóvil y atravesar el desierto a baja altura. Me han dicho que puedo llegar en cosa de unas quince o veinte horas.

-Los climas extremos parecen ejercer un efecto adictivo sobre tí, querido Iya. ¿Cómo puedes soportar la vida en esa espantosa isla del Artico? ¿O es que ese es el único modo que tienen los estelares de hacerte insobornable?

Iya rió, despreocupadamente. El siempre había sido custodio de algo, pensó, y las bromas de un viejo amigo encontraban cálido eco en su corazón. Siguieron conversando un largo rato, hasta que por fin abordaron el tema inevitable:

-Pero no es así, U. Yo soy miembro por derecho propio del Consejo Ecuménico pero casi nunca asisto, para evitar el tedio de esas discusiones interminables. No participo en las intrigas del poder y por eso todos me respetan, aunque no me tomen mucho en cuenta a la hora de decidir. Para mí es una buena solución: renuncio al dudoso poder que podría tener, y que no me interesa, pero a cambio no me fastidio con las reuniones y las habladurías. Hago casi la misma vida que en Lagos, aunque te parezca imposible.

-En Ventura?

-Claro. La única diferencia es que ahora me dedico más a escribir y a investigar. Me gusta. Estoy comenzando escribir la biografía de Hankl, de como era él *antes*, comprendes?

-Sí, pero aún así me cuesta imaginarte convertido en un dirigente religioso.

-A todos nos puede pasar -rió otra vez el nigeriano-. No creas, no somos fanáticos; se trata de una religión diferente, que permite que uno haga de su vida lo que más desee.

La cara de U Dan reflejó, casi a su pesar, una expresión de incredulidad. Iya insistió:

-¿No me crees?

-No, no es para decirlo así, pero es que los hechos resultan tan contradictorios...

-Umm, eso me interesa. Dime con sinceridad: ¿qué piensas de los estelares, así, en conjunto?

-Así, en conjunto, la respuesta sólo puede darse mientras cenamos. Es demasiado larga.

Caminaron por las orillas del Sena, con las últimas tenues luces del crepúsculo. Iya condujo a su amigo a un restaurant pequeño y discreto. Este, apenas se sentaron, comenzó de algún modo a responderle:

-Mi primera reacción, por supuesto, fue de absoluta indiferencia. No sé si alguien lleva la cuenta, pero creo que deben aparecer cada año como unas diez religiones nuevas. Lo del Artico, esa especie de carrera de trineos, me resultó ya un poco más atractivo; estéticamente, por supuesto. Creo que debe ser uno de los pocos sitios de la Tierra en que pueden suceder todavía aventuras como esa. Sentirse sólo, en una situación límite, en medio de un paisaje extraterrestre...

-Fue terrible, U. Yo nunca había sentido el miedo hasta ese momento, no sabía lo que era estar perdido, en la noche absoluta.

-Imagínate cuando llegó la noticia completa y comprendí que era el Iya que yo conocía, mi amigo, el que viajaba con el profeta del espacio. Creo que no estaba tan asombrado desde que tenía cinco años. Naturalmente, a partir de ese momento, comencé a seguir con más interés lo que sucedía con ustedes.

-Hay estelares en Mandalay?

-Sí, aunque no demasiados. Pero mi trabajo me ha obligado a viajar y he conocido ya a muchos; me sorprende cómo se multiplican. Los de allá se parecen demasiado a los budistas, no han podido modificar su estilo, entiendes, su herencia de siglos. Pero he visto estelares que visten unas túnicas rojas, sin mangas, y otros que marchaban en una especie de procesión el Día de las Preguntas. Me gustó el nombre.

-Como ves, no aprisionamos a nadie en un ritual predeterminado.

-Tal vez, pero he hablado también con otros que son verdaderos fanáticos. El mes pasado un tipo, un comerciante en Irán, me dijo que Ozay era el último profeta del que hablaba la Biblia, el directo continuador de Cristo y Mahoma. Me mostró un cubo tuyo... Pero he asistido también a una reunión que parecía más bien una bacanal de la antigua Roma, bien agradable por cierto, y me han regalado un objeto

prodigioso, realmente original: un *rosario hanksi*, de noventa y dos cuentas, en que cada una de ellas está hecha de un elemento químico diferente. Bueno, ahí tienes una primera respuesta, Iya, mi incompreensión ante tanta diversidad.

-Eso es un síntoma de vitalidad, amigo, de juventud. Te puedo asegurar que las cosas son aún más complicadas, porque debajo de toda esa variedad de costumbres, que no es en sí tan sorprendente, existen discrepancias teológicas auténticas.

-Respecto a eso, precisamente, iba a hacerte mi segunda observación. La creencia en un Dios está demasiado arraigada en el mundo occidental, lo mismo que la de una vida después de nuestra vida; por más que ustedes nieguen esas ideas, ¿cómo podrán evitar que reaparezcan bajo otra forma, alteradas, socavando la esencia de lo que predicán? ¿Es por eso que tú, aunque sea implícitamente, te dedicas a endiosar a Hankl Ozay?

-U, crear una nueva religión, no una secta más, es algo bien diferente a lo que tú imaginas. No es tan simple como exponer un credo bien definido y tratar de difundirlo. Es otra cosa, se parece más a poner en marcha un gigantesco mecanismo que no sabes cómo habrá de funcionar, que te sobrepasa por su misma fuerza, te desborda. La gente, en definitiva, hace lo que quiere en materia religiosa.

-Pero tú mismo, por ejemplo, al difundir lo que Hankl escribió, al comentar sus textos, ¿no tratas de dar forma a todo eso?

- Sí, por supuesto, aunque otra cosa es que lo logre. Yo lucho por ser claro, por llevar la paz y la tolerancia a todos los hombres, pero no hay mensaje que no pueda llegar a ser tergiversado. Hay estelares que, a mi modo de ver, son todavía politeístas, como los griegos antiguos: sólo agregan el nombre de Hankl a la lista siempre incompleta de sus dioses.

-Pero tú -el birmano señaló expresivamente a Iya con el índice- tú, ¿qué piensas? ¿Crees de verdad que Ozay era un personaje sobrenatural?

Iya quedo callado, con una sonrisa leve detenida sobre su rostro, una expresión de duda, la copa de vino muy próxima a su boca.

-Iya... no te esfuerces, entiendo que no puedes decir ni una cosa ni otra.

-No, no es eso...

Los amigos continuaron así, mirándose durante un largo minuto: Iya, como si estuviera a punto de hablar de un misterio impenetrable; U, expectante, deseoso de reiterar sus preguntas pero conteniendo el aliento, como el cazador que tiene miedo de hacer el menor movimiento que pueda espantar a su presa. Luego, inesperadamente, U se sobrecogió: había sentido algo perturbador en la mirada de su amigo. No pudo impedir que lo recorriese un escalofrío y, como tantas otras veces, sintió que se le humedecían los ojos.

Fue el propio Iya quien quebró el encanto. Bebió de la copa, la depositó con suavidad sobre la mesa y dijo en voz muy baja:

-Pensé que ibas a reírte cuando te hablé de una biografía de Hankl. No, no me hubiera ofendido, hermano, al contrario, te agradezco la deferencia, porque sé que hubiese sido lógico: si hay alguien que parece no necesitar una biografía es Hankl.

-Bueno, eso sí lo pensé... Un hombre joven, prácticamente sin pasado, que estuvo seis años sin hacer otra cosa que leer y contemplar de lejos la luna de un planeta. Su vida activa, sus hechos, como podríamos decir, abarcan apenas unos pocos meses. Y creo que todos los conocen.

-Es cierto, completamente cierto. Gwani me dijo una vez algo así, que Hankl se quejaba de lo poco que había vivido. Como si él supiese ya, como si se diera cuenta de que pronto iría a desaparecer -Iya se sirvió algo más de vino y prosiguió, inclinándose sobre la mesa-: Fue eso lo que me provocó, U, tú ya me conoces: siempre me han intrigado las respuestas demasiado obvias. Entonces me dije que no importaba: quería irme de Yellowknife y la biografía me parecía por lo menos un buen pretexto.

Ahora U Dan, cuya curiosidad ya no podía ser disimulada, se decidió a preguntar:

-Y qué, ¿descubriste algo que valiese la pena?

-Bueno, no, esa no es exactamente la palabra: no *descubrí* nada, pero encontré que las cosas no eran tan simples como parecían. Por ejemplo... Hankl Ozay no entró a la tripulación de la *Betelgeuse* sólo porque la paga allí fuese un poco mayor: tengo pruebas de que él sabía a qué se estaba arriesgando.

U Dan alzó un poco los hombros:

-No veo que eso pueda llegar a tener mucha importancia...

-Sí, sí, la tiene. Verás, ese no era el primer viaje de Hankl, ni el segundo; él había empezado a navegar desde muy joven, cuando aún no tenía siquiera la edad legal para hacerlo. Y además ya había hecho un viaje anterior hacia Júpiter, en la *Centauro*, que es de la misma compañía que la *Betelgeuse*, así que conocía el estilo de trabajo de esa gente. Pero hay más, fíjate: allí había trabajado como segundo navegante pero en su último viaje, dos años después, aparece como *tercer* navegante.

-Eso sí es extraño.

-Cuando me enteré de esos datos comencé a pesar que había algo más, alguna razón que lo había llevado a hacerle correr el riesgo. Nadie se embarca en una aventura como esa porque sí, o por una pequeña diferencia de salario y Hankl, por lo que sé, no era especialmente apegado al dinero. Entonces me pareció lógico ponerme a investigar al resto de la tripulación: si había algún motivo de carácter personal para que Hankl se enrolara en esa nave, ese motivo podría aparecer al conocer a los otros, a los que lo acompañaban en el viaje.

Iya hizo una pausa y, cuando sin titubear se disponía a proseguir su relato, sucedió algo insólito:

-Verás, pedí a Nueva York los registros...

-¡Iya Semarani! ¡Maestro! -gritaron casi al unísono dos figuras obesas que obstruyeron por un momento la puerta del pequeño local- sabíamos que tarde o temprano lo encontraríamos en París -vociferó todavía ella.

Iya, casi atemorizado por la brusca aparición, dejó caer su copa al suelo y el vino se deslizó por la lisa superficie del piso, esparciendo su intenso aroma.

U Dan, decepcionado, vio como su amigo se recuperaba rápidamente y comenzaba a dialogar con los intrusos. Ellos eran corteses, efusivos, deseosos de agrandar pero imprudentes; enseguida constató que eran los más fervorosos fieles del capítulo estelar de Saint Germain. La conversación, al cabo de un rato, recobró su vivacidad: a U Dan, a pesar de sus bromas, le interesaba conocer más de los hanksis. Iya, en cambio, parecía más bien como aliviado, como si hubiese recuperado la lucidez y quisiese olvidar la confesión que había estado a punto de hacerle. La pareja era la excusa perfecta: ya nada cabía decir ante sus extrovertidos amigos, nada que pudiese sembrar dudas o confundir los ánimos.



Después de un rato la amable reunión se disolvió: la pareja desapareció tan estruendosamente como había llegado e Iya, entrecerrando un poco los ojos, dijo llanamente a su amigo:

-Sé que fueron inoportunos... pero me alegro. De otro modo te hubiera podido contar lo que es mejor no decir por ahora: hay temas sobre los que no se debe hablar a menos que uno esté completamente seguro.

-Pero Iya, no me puedes dejar así, alguna vez me tendrás que seguir hablando de esto...

-Confórmate, U. A nadie le he hablado más que a tí. Dime, ¿sabes tú donde alquilar un buen automóvil en esta ciudad?

-Por supuesto que sí. Te llevaré al sitio al que tú siempre me acompañas.

Los dos rieron. Sobre los viejos techos de París caía una fina llovizna que, a esa hora de la noche, resultaba decididamente otoñal.



## 19

### K

Fue simultáneo, brutal y completamente sincronizado: en el mismo momento, a pesar de la diferencia horaria entre las distintas regiones, se produjo el devastador ataque. Cayeron por igual un suburbio flotante del sur de Brasil, una pequeña población de Tennessee, una pacífica aldea africana y dos ciudades europeas, Oporto y Tambov. En todos los casos se colocaron explosivos en el templo estelar y en algunos comercios, se dañaron las instalaciones del compucom y de la TVD, y se transmitió el mismo mensaje, mediante potentes lumenias: "Muerte a los Hanksis, adoradores del carbono!". Las víctimas fueron numerosas, especialmente porque en Tambov se desarrollaba en esos momentos una nutrida reunión para festejar la llegada de un grupo de peregrinos procedente del norte.

Hubo alarma en Yellowknife, porque esa era la primera agresión organizada desde los tiempos de Rashawand y sus Desesperados. Pero aquel precedente, aunque no tan distante, era visto por todos como parte de un pasado casi mítico, inmensamente alejado de la paz actual.

Ana convocó al Consejo para esa misma noche mientras decidía, por su cuenta, solicitar la protección de la policía local.

En la reunión se oyeron voces preocupadas, lamentaciones, alguna que otra crítica: en realidad, nadie sabía bien qué hacer, porque era evidente que resultaba imposible custodiar por igual a todos los templos y Casas de la Paz que había en el ancho mundo. Se redactaron mensajes de condolencia y se dispuso fletar un comy especial para dar adecuada sepultura a las víctimas. Dukkok, que en el Consejo había pedido insistentemente datos para tratar de encontrar el origen de los atentados, se acercó a Ana, apenas levantada la sesión:

-Ana, por favor, tengo que hablar contigo. No me siento satisfecho con lo que hemos resuelto.

-Ya sé que es insuficiente... creo que todos lo sabemos. Pero dime, qué otra cosa podemos hacer?

-Bueno, hay algo que debiéramos hacer, en todo caso: investigar. No podremos sentirnos a salvo hasta que sepamos quiénes están detrás de todo esto, no crees? ¿Puedes venir ahora a casa? Allí estaríamos más cómodos.

Los dos, junto con Swende, arribaron en pocos minutos a la vieja mansión. Se dirigieron enseguida al cuarto que Andreas había acondicionado especialmente como centro de comunicaciones.

-Hay algo que no me gusta en este asunto, saben... algo que no acabo de entender bien.

-Bueno, Andreas -dijo Swende- no pasa casi una semana sin que se produzca, en una parte u otra, alguna agresión contra nosotros.

-Lo sé, lo sé, pero no es eso. Es la sincronización, la técnica que utilizaron... no se trata de la acción aislada de un fanático o de un perturbado. Estamos frente a un tipo de mentalidad diferente.

-¿Que te propones hacer, Andreas? -Ana confiaba en Dukkok, en la experiencia que había adquirido durante su trabajo en el Servicio, y deseaba por eso que pasase a la acción.

-Bueno, lo primero es reunir información, apelando a todas las fuentes disponibles para identificar a los agresores. Después veremos.

-¿Vas a llamar a Dowwe?

-Sí, sí, inmediatamente.

Dukkok operó con rapidez: escogió un canal fuera de la línea regular que garantizaba la privacidad total de la comunicación, aunque a costa de una pésima recepción llena de ruidos e interferencias. La llamada fue atendida por un recepcionista medio dormido, que estuvo a punto de interrumpirla porque le resultaba casi imposible entender lo que decían. No se atrevió a llamar al propio senador, por supuesto, a esas horas de la noche -en Mahón eran más de las tres- pero al rato apareció Adaniy. Ella enseguida se hizo cargo de la gravedad de la situación.

-Sí, comprendo que estén preocupados. ¿Esta línea es segura?

-Completamente.

-Bueno, denme unos minutos... voy a revisar lo que tengo por aquí...

Vieron, a través de la confusa pantalla, cómo se servía un café y recorría con la vista los archivos secretos, a los que sólo ella y el senador tenían acceso. En la pequeña sala los tres estelares aguardaban en tensión. Adaniy salió un momento y regresó enseguida, diciendo con cierta satisfacción:

-Creo que encontré algo, aunque el sentido no parece muy claro... -se apartó otra vez un poco del compucom.

-De qué se trata?

-Bueno, hubo un atentado, hace cosa de dos meses, contra unas salas de diversión en Missouri y, simultáneamente, estalló una bomba en la Iglesia Fundamental Americana, a dos mil kilómetros de allí. Los objetivos son bien distintos, como ven, pero lo que llama la atención es la coincidencia en el método: se usaron idénticos explosivos, el mismo tipo de lumenia para dejar los mensajes en el aire, hasta la forma de redactar parece provenir de un mismo molde...

-¿Quiénes fueron?

-No seas impaciente, Pieri, ya te lo diré. Aunque de verdad eso es lo único que me desconcierta. El grupo se llama la Jihad de los Justos -qué nombre, verdad!- y, según lo que pudimos averiguar, es la primera vez que actúan en forma tan violenta. Hasta ahora se habían ensañado

contra los comerciantes en licor, especialmente en Egipto y en Francia, y contra algunos disidentes musulmanes, liberales sunnitas. Hacían destrozos en los comercios y todo eso, pero trataban de que no hubiese víctimas.

-Me resulta un poco extraño... no veo en qué hayamos podido provocarlos. ¿Sabes quién los dirige?

-No con seguridad, aunque el cuartel general parece estar en la zona de Bagdad, o allí estaba hasta hace seis meses. Espera... aquí tengo un informe, más reciente, que habla de una reunión en el norte de la India, en la que se encontraron varios activistas. Hum... el informe no es preciso... No sé si debiéramos hacerle caso, porque parece más bien un rumor.

-Una cosa más, Adaniy: ¿has sabido algo de Los Desesperados últimamente?

-Sí, pero creo que es lo mismo que tú ya debes saber. Rashawand tiene un puñado de seguidores, aunque el grupo ha crecido bastante en estos meses, según me dicen. De los otros, de los que se seguían llamando así, hay poca información reciente: eran apenas unas cuarenta o cincuenta personas hasta hace un año, cuando se trataron de reorganizar con el nombre de Khalistán Vive, pero luego han estado inactivos, o por lo menos trabajando de un modo más discreto.

-Bueno, muchísimas gracias, Adaniy, nos has ayudado más de lo que crees.

-Ojalá sea así. Colaboraré en todo lo que pueda con ustedes.

Ana quedó intrigada por la conversación:

-No entiendo, no me parece lógico... no hemos hecho nada contra los musulmanes, tú lo sabes. Debe ser una mera coincidencia.

-Nada nuevo, querrás decir -respondió Swende-. Sabes bien que algunos simplemente no nos perdonan por el sólo hecho de existir, de desafiar las viejas creencias; a esos les hemos desarticulado el mundo...

-Está bien, está bien, pero ¿por qué ahora?, ¿por qué de esa forma tan brutal?

-Todavía no lo sabemos, Ana, pero ya tenemos una pista. Tiene que haber algo, estoy de acuerdo, algo en particular -Dukkok entonces sonrió, como disculpándose por anticipado de la travesura que iba a cometer, y entrecerrando sus ojos agregó:- Voy a llamar a alguien, a una persona a la que tú has conocido en circunstancias poco gratas, pero que ahora vive una vida por completo diferente. Ana, nadie debe saber de esto... por favor... es importante mantener el secreto.

-Pero ¿quién es? ¿a qué tanto misterio?

-Ya verás.

Dukkok manipuló de nuevo sus aparatos. Esta vez lo hizo con más cuidado, pacientemente, utilizando además un viejo teclado de los que Ana sólo había visto en las películas. Al cabo de una media hora, después de varios intentos fallidos, se encendió por fin una pequeña luz, que indicaba que el mensaje estaba siendo recibido. Hubo que esperar aún otro rato, que se les hizo interminable, hasta que pudieron escuchar lo que al principio sonó como un rumor casi musical, ondulante y sugestivo. Luego se oyó débilmente una voz femenina, mientras la pantalla permanecía casi a oscuras.

-¿Quién es?

-Andreas.

-Te esperaba; ya sé lo que pasó esta tarde.

-Te llamo para pedirle información, Warani Kaur -Ana ahogó un grito de asombro- cualquier cosa que puedas decirme tiene un inmenso valor para nosotros. No sabemos realmente quiénes están detrás de esto.

-Nosotros tampoco, de verdad, pero yo temo lo peor.

-¿Qué es lo peor?

-Todavía no lo sé, pero me han dicho que algunos de los que estuvieron con nosotros, la gente que trató de formar *Khalistán Vive*, recuerdas, ha desaparecido desde hace una semana de todos los sitios conocidos. Antes de eso se habló bastante, allá en Amritsar, de un mensaje en clave de Ok-kae, pero nunca se supo su contenido, ni siquiera si en realidad había tal mensaje...

-Has oído hablar alguna vez de la Jihad de los Justos?

-No, jamás. ¿Quiénes son ellos?

-Otra secta fanática, pero musulmana. Pueden estar detrás de este maldito asunto, aunque no lo sabemos con exactitud.

Era ya tarde en la noche cuando Ana decidió regresar hasta su casa. Dukkok, un poco aprensivo, prefirió acompañarla durante el trayecto: abrigaba algunos temores y se sentía demasiado excitado por los acontecimientos, inconforme con la idea de irse ya a dormir. Hicieron el corto viaje en silencio y, cuando él regresaba solo hacia su casa, todavía inquieto, pasó con su automóvil frente al Templo Primigenio de los hanksis, el que se había erigido alrededor del galpón donde predicara en otros tiempos el venerado Hankl.

De inmediato observó que sucedía algo extraño: el vehículo de los guardias había desaparecido y sobre la pared frontal del gran edificio resplandecían las letras rojas de una lumenia, con la ya conocida consigna: "Muerte a los impuros hanksis!". Dukkok, sin pensarlo, imprimió velocidad a su automóvil, haciéndolo adquirir más altura. Cuando ya se había elevado unos treinta metros sobre el nivel del pavimento los vió: el pesado aparato de la policía iba detrás -¡y debajo!- del otro automóvil, que con las luces apagadas escapaba a gran velocidad. Cuando estaba a punto de aceptar que la persecución sería imposible, pues la distancia era ya demasiada, el vehículo de los terroristas hizo un giro abrupto; luego, descendiendo rápidamente, disparó contra los sorprendidos vigilantes. Fue un fogonazo breve, de color rosado, pero de monstruosa intensidad: el automóvil de los policías quedó casi completamente destruido mientras, a lo lejos, comenzaban ya a sonar las sirenas de alarma.

Dukkok, que había quedado casi enfrentado a los atacantes, pudo entonces verlos: eran apenas dos y el aparato había sido preparado, evidentemente, para acciones de guerra, porque a esa corta distancia se distinguían su armamento y su curioso blindaje. Entonces, arriesgándose a que le dispararan, Andreas se atrevió a actuar: desde arriba, porque ellos habían perdido mucha altura, lanzó un pequeño dardo contra la cubierta del vehículo que se cruzaba en esos momentos con el suyo. Era un proyectil de plástico adherible, de forma casi esférica, que llevaba en su centro un diminuto micrófono y un potente transmisor.

Ellos, por fortuna, no atinaron a hacer nada. Cegados tal vez por las luces del automóvil de Dukkok -que éste había olvidado reducir- o temiendo

quizás que comenzara una cacería en regla, los fanáticos se apresuraron a escapar. Se alejaron en dirección contraria al lago y, rumbo hacia el norte, desaparecieron raudamente en medio de la negra noche. Dukkok, por su parte, tampoco perdió tiempo. De encontrarse con la policía -pensó- lo demorarían largo rato con sus farragosas preguntas. Además el uso del dardo, como bien sabía, era completamente ilegal. En pocos minutos llegó a su casa y le contó a Swende, un poco nervioso, lo que acababa de suceder: hacía demasiado tiempo que había abandonado la acción. Ella no perdió la calma y comenzó enseguida a llamar a la gente, mientras Dukkok calibraba los aparatos que necesitaba para emprender la persecución. El micrófono nada le transmitía, salvo a veces algún ruido confuso, pero el localizador le seguía indicando claramente el rumbo de los fugitivos.

El primero en llegar fue Fredek, un joven alto, de negro pelo lacio que le caía hasta los hombros. Había sido uno de los más leales seguidores de Hankl, prácticamente desde el primer día, y todos recordaban lo bien que se había adelantado a preparar la memorable llegada del profeta a Ventura. Dukkok se sintió aliviado al verlo:

-Fredek, qué bueno que llegaste! Vámonos en tu auto a perseguir a esos asesinos. No hay tiempo que perder!

-Los tienes localizados?

- Sí, pero temo que en cualquier momento se cambien a otro vehículo más grande. Pueden venir de lejos...

Cargaron en el rápido auto de Fredek los aparatos que necesitaban y Dukkok, prudente, no omitió incluir entre ellos un arma, que conservaba desde los tiempos del Cuerpo Epsilon.

La señal de localización seguía estando al norte de ellos, aunque el rumbo parecía desplazarse cada vez más hacia el oeste. Dukkok comprobó con desagrado que les llevaban ya una amplia ventaja, aproximadamente cien kilómetros. Eso era demasiado para un automóvil como el que tenían, bueno pero estrictamente convencional. Fredek conducía bien, manteniendo la máxima velocidad posible pero sin gastar mucho combustible, porque no tenían idea de cuánto habría de durar la persecución. Durante unas tres horas se mantuvieron así, silenciosos, orientándose por el punto de luz que destacaba, sobre un mapa de la región, la posición del otro vehículo. No se encontraron con



nadie en el trayecto, lo cual era perfectamente natural puesto que evadían los corredores de vuelo normales, e indicaba además que la policía de la ciudad no tenía la menor noción de hacia dónde habían huido los atacantes. Luego, el punto de luz se detuvo.

El mapa indicaba que se hallaban próximos al río Hess, en la zona de Klondike, Yukon, y hacía allí continuaron Fredek y Dukkok. Llegaron cuando ya amanecía y el espectáculo del cielo era imponente. Sobre un fondo de nubes de claros colores alcanzaron a divisar, hacia lo lejos y sobre las montañas del oeste, la silueta de un transporte que se alejaba a gran velocidad: no tenía el menor sentido intentar alcanzarlo puesto que seguramente iría a desarrollar, en cosa de minutos, una velocidad diez veces superior a la de cualquier automóvil.

Demoraron más de media hora en entender dónde se hallaban: nada divisaban, aunque se movían apenas a unos diez metros de altura, salvo la monotonía de un paisaje abrupto, al que daba color la hierba que relucía en el lento amanecer. No había edificios, ni señal alguna del automóvil que buscaban pero éste, de todas maneras, continuaba emitiendo sin interrupción la señal de localización. Por fin Dukkok encontró lo que sin duda eran sus huellas, apenas visibles en algunos trechos que conservaban la escarcha de la noche, y fue dándole a Fredek la orientación precisa. Entonces la encontraron.

Era una abertura más bien pequeña, disimulada entre las rocas, que tendría apenas unos dos metros de altura. Se bajaron con cautela, dejando el automóvil protegido, y se acercaron no sin algo de temor: hubiera resultado fácil disparar contra ellos, porque tenían que acercarse prácticamente en descubierta. Dukkok, con una potente linterna, iluminó la entrada de la cueva y descubrió enseguida que no se trataba de una formación natural, sino de los restos de una primitiva explotación minera. Fredek se lo confirmó:

-Sí, esto debe haber sido una mina de oro siglos atrás, Andreas, he visto sitios parecidos.

-Debemos entrar con cuidado. Existen dispositivos de seguridad terriblemente ingeniosos...

Pero en este caso no los había: ni alarmas, ni disparadores automáticos, ni gases. Todo lo comprobó Dukkok con precisión, haciendo las pruebas de rutina que tantas veces aplicara en otros tiempos. Desde la entrada, la mina se alargaba en un corredor que progresivamente descendía y se ensanchaba hasta alcanzar un amplio espacio rectangular, de techo

bajo. Había filtraciones en casi todas las paredes y también un olor acre, que no pudieron identificar, pero hallaron una rudimentaria instalación eléctrica a la que lograron hacer funcionar para así iluminar el sitio. El auto estaba allí, abiertas sus puertas, y todavía conservaba sobre su techo, hacia la parte de atrás, el dardo que le había lanzado Dukkok. Este, que iba esbozando ya en su mente un plan de acción, lo retiró, diciéndole a Fredek:

-Es mejor que no sepan que estuvimos aquí. Eso nos dará una pequeña ventaja.

Revisaron con cuidado el lugar. Encontraron abundantes provisiones, herramientas, algunos explosivos y también unas pocas armas livianas. Los ocupantes del sitio no habían tratado de borrar sus huellas, evidentemente, como si esperasen retornar pronto y no imaginaran que pudieran ser descubiertos. En total, calcularon, habían estado allí unas cuatro o cinco personas. Lo más interesante eran unos cubos que se hallaban sobre una mesa, junto a un transmisor que permitía entrar, como enseguida lo comprendió Dukkok, a las redes mundiales del compucom.

-Fredek, es mejor que salgamos ya de aquí. Yo buscaré algunos instrumentos que tengo en el automóvil y, mientras tú te quedas afuera vigilando, regresaré para hacerle un pequeño cambio a este aparato. Quiero estar informado de todo lo que hablan.

Así lo hicieron, moviéndose con velocidad, y Dukkok retornó a concluir su tarea: en pocos minutos colocó un microtransmisor en el vehículo abierto, en un sitio cerca de la puerta en que no podía ser visto; conectó electrónicamente su código de compucom al aparato que estaba sobre la mesa y, con cuidado, sacó una copia de los cubos que pudo encontrar. Volvió algo agitado, porque había perdido ya la costumbre de realizar acciones de espionaje:

-Vamos, sería peligroso demorarse más.

-Pudiste hacerlo todo?

-Sí, tengo hasta una copia de los cubos.

Despegaron de prisa y, mientras regresaban a Yellowknife eludiendo los corredores aéreos habituales, Andreas tuvo tiempo de examinar el contenido de los cubos. Poco después exclamó, sin poder ocultar su asombro:

-Lo tengo, Fredek, lo tengo!

-¿Qué tienes?

-Lo que buscábamos: sé quiénes son.

Fredek lo miró, interrogativo.

-Está el grupo de la Jihad de los Justos, como me habían dicho, pero también están los otros. Es lo que yo ya sospechaba: algunos de *Los Desesperados*, con Ok-kae a la cabeza, han organizado todo esto. Fredek, los planes que tienen son aterradores.